

CHA' BRIL

DESGRAVITACIÒN

S. S. KENT

COLECCION

ESPACIO

DESGRAVITACION

por

S.S KENT

EDICIONES TORAY, S. A

Teodoro Llorente, 13

BARCELONA

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

GRAFICAS TRICOLOR - Eduardo Tubau, 19. BARCELONA

TITULOS PUBLICADOS

1 El átomo juega su baza

2 El cerebro

8 La Invasión de los hielos

4 Terror en el IV Planeta

5 La rebelión de los átomos

6 Dueños del mundo 7 Pánico

8 Dimensión "X" 9 Planetoide 2.012

10 "Ellos"

11 El negro espacio silencioso

12 Motín electrónico

13 Tesoro cósmico

14 Rebeldes de laGalaxia 15 Tiempo dos

16 Objetivo: Tierra

17 Los hombres arañas de Titán

18 El enigma de los siglos

19 El hombre de la doble dimensión

20 Después del diluvio

21 La vuelta de Gulliver

22 La incógnita de Marte

23 Estampida al satélite

24 Las máquinas locas

25 Viajes prohibidos

26 La amenaza negra

27 Ella, reina de Júpiter

28 Las minas del cielo



CAPITULO PRIMERO

Un potente rayo de luz lo cegó.

Se hallaba solo en un largo corredor de bruñidas paredes metálicas, donde lo habían dejado los guardianes. No significaba aquello la libertad, sin embargo.

Una voz potente atronó en sus oídos, seca, conminatoria. Salía de las mismas paredes.

—Siga adelante, profesor Odurman. El Tribunal Superior de la Rama Científica le aguarda.

Se estremeció. Era la primera indicación, tras largos días de encierro de los motivos por los cuales fuera sacado de su laboratorio por los esbirros dorados.

La voz se reproducía en ecos.

—Adelante… Odurman… el Tribunal…

Sus piernas entumecidas se negaban a obedecerle. Quizá era el miedo, secuela de todos los que habían caído en manos de los maquiavélicos esbirros del Gran Inspector.

Hizo un esfuerzo de voluntad y comenzó a andar. Sabía que todos los ojos del Tribunal estaban fijos en él, penetrando a través de las paredes bruñidas, traduciendo en signos gráficos las ondas pensativas captadas por aparatos de reciente invención.

Odurman sonrió irónicamente. El profesor era uno de los que habían colaborado en el perfeccionamiento de tales aparatos. Ahora se volvían contra él. Afortunadamente las máquinas aún no habían sido perfeccionadas lo suficiente para saber con exactitud cuánto ocurriera en la mente de los terrestres.

—Esos trastos sólo son útiles por ahora, para inteligencias rudimentarias, como las de los venusianos — había dicho en su informe de colaboración.

No para inteligencias superiores como la suya, añadió ahora para sí, pero de manera que pudiera ser captado perfectamente por el receptor de ondas pensativas. Era algo a manera de desafío hacia los seres que le estaban aguardando.

El Tribunal Superior de la Rama Científica.

Odurman sólo podía ser sometido a las leyes de Su Rama. Una casta de inigualados privilegios en el frondoso árbol de la Federación de la Gran África. Cada casta debía ser juzgada por seres que ostentaran el mismo signo.

Pero Odurman sabía que no debía ni cabía esperar Compasión. Era un sentimiento que había existido en siglos pasados, pero que no se concebía en la Era de las Federaciones.

Cada vez avanzaba con más firmeza. Su voluntad se había impuesto a los músculos entumecidos. Cuando las puertas se abrieran para dejarle paso, los jueces no notarían vacilación física alguna. En cuanto a las ondas pensativas, sabía cómo jugar con ellas de manera que sólo reflejaran las pantallas gráficas unos bosquejos apenas descifrables.

Cuando los batientes quedaron invisibles tras de sí se halló en una amplia sala cónica. Una voz, perentoria como siempre, ordenó de nuevo:

— ¡Sitúese en el centro, profesor!

Adivinó por qué le daban aquella orden. Los acusados eran de esta manera correctamente enfocados por las pantallas multicelulares que cubrían totalmente la concavidad, y los jueces, situados cada uno de ellos a distancias lejanas, separados entre sí, podrían observar perfectamente cada uno de sus gestos reveladores, gestos que debían coincidir con lo que indicaban los gráficos de las ondas pensativas.

El profesor obedeció. Reservaba sus fuerzas para cosas de más envergadura que aquellas pequeñas humillaciones. Ya suponía un reconocimiento de su inteligencia el ser sometido a esta clase de juicio multipersonal. Los reos de las castas inferiores veían limitado el trance a una sesión de "reactor de estímulos", máquina que podía manejar cualquier guardián dorado.

En el centro de la estancia había como único mueble un escabel de mármol negro, extraña reliquia de pasadas épocas que recordaba vagamente los troncos que usaban los verdugos medievales para dar cuenta de sus víctimas. Antes de que la voz se dejara sentir de nuevo, Odurman se sentó en él.

—El Tribunal superior de la Rama Científica queda constituido de acuerdo con las leyes fundamentales de la justicia de la Federación de la Gran África. Preside el profesor Malere.

No veía a ninguno de los hombres y mujeres que formaban el tribunal, pero todos ellos lo estaban analizando a él fríamente, como los animales que el profesor utilizaba a veces para sus experiencias. Él oiría todas sus voces solamente. Los otros disponían de la pantalla —visual y gráfica—, además de la ventaja de la lejanía y la separación.

—¿Tiene algo que exponer el profesor Odurman con respecto a los guardianes dorados?

El que preguntaba era Malere, pensó. Algún intrigante de la Sede Central que había llegado a aquel puesto desembarazándose de colegas más confiados. No lo había visto jamás.

—No creo haber sido tratado peor que los demás. Tampoco he creído jamás que los guardianes dorados fueran candorosas gacelas.

Una voz de mujer gritó agriamente:

—El profesor Odurman extravía sus respuestas. Un voto desfavorable.

—Anotado.

Empezaba mal y Odurman se mordió los labios. Pero le irritaba

todo aquello. Él había servido siempre los intereses de la Federación y jamás se había mezclado en las intrigas de los demás países. Se le había prometido entera libertad en sus investigaciones y ahora...

No comprendía por qué estaba allí.

—Existe en su tono una señal de desafío — dijo Malere —. Preguntó: ¿por qué cree el profesor Odurman que los guardianes dorados fueron obligados a intervenir trabando su libertad?

—Nada sé.

—El gráfico de ondas pensativas no anota ninguna perturbación. Un voto a su favor.

—Anotado.

Hasta el momento Odurman había identificado tres voces. La primera, perentoria, correspondía al delegado de guardianes dorados, que ejercía al mismo tiempo las funciones de secretario del tribunal. La mujer no podía ser otra que la profesora Merrit, la nórdica que había traicionado a su país natal. Su voz era el terror de los que alguna vez habían tenido que ver con el Tribunal Superior.

—Sigamos. ¿Siente interés por saber la causa de su inhabilitación, por ahora, temporal?

La voz de Odurman era serena al contestar, astutamente:

—Siempre he tenido la confianza en que una vez ante el tribunal éste me las expondría. Estoy seguro de no haber cometido ninguna falta contra los Rectores, ni contra la Rama Científica, ni contra las demás ramas.

—La ha cometido.

—¿Cuál es?

—El informador, profesor Arsonbier, va a hablar.

¡Bah! Otro conocido. El más charlatán de la banda. Uno que siempre medraría fueran cuales fueran los Rectores de la Gran África. Sus palabras eran parecidas a las que pronunciaban las Máquinas Problemáticas al sacar sus conclusiones o resultados. Secas, sin discordancias ni extremosidades. Había algo de la viscosidad del reptil en ellas que las hacía repulsivas.

—El profesor Odurman, proveniente de la Rama Educativa, fue

admitido en la nuestra una vez conseguidas las tres menciones, todas ellas acordadas por los Rectores Alava y Krampker en la sesión de los Consejos número 16 del Año 2147.

—Coincide con los datos del Registro — intervino el delegado.

—El profesor Odurman — prosiguió Arsonbier — fue destinado al Centro de Investigaciones Humano - Espaciales de la ciudad de Angola Urbe. Pasó luego a las Pruebas de Fidelidad en la ciudad de Tannanarive. Fue nombrado presidente de los Centros de su especialidad en la ciudad de Bagdad. Elegido por los Rectores Krampker y Bernelli el pasado año para Máximo Adiestrador en el Campo Experimental del Kilimanjaro.

—Coincide con los datos del Registro. ¿Lo es igualmente con la memoria del profesor Odurman?

—¿Es exacto todo cuanto ha dicho el profesor Asonbier… hasta ahora.

Merrit volvió a intervenir agresiva.

—Un voto desfavorable. Odurman ha ironizado de nuevo al presuponer en el informador una futura voluntad de mentir.

—Anotado.

Odurman tenía que hacer esfuerzos para conservar la serenidad. Si no lo conseguía, estaba perdido. Los votos desfavorables se amontonarían sin posibilidad de neutralización.

—El acusado adquirió esta mención en virtud de un hecho inicial.

Otra voz, esta vez desconocida, intervino con estas palabras:

—El informador ha utilizado una palabra arcaica y desterrada: acusado. Un voto favorable.

—Anotado.

—El hecho en virtud del cual el profesor Odurman comparece aquí es éste: experimentos imprudentes, no autorizados, peligrosos para la seguridad de la Federación de Gran África y sus colonias planetarias.

—Exponga las imputaciones ordenadamente, de acuerdo con el Código Federativo — expuso el presidente Malere—. El profesor Odurman responderá una por una en el plazo máximo de treinta segundos.

—Primera. Escogió cinco nativos de la Rama Constructiva, castigados al Campo Experimental por entrada no autorizada a las Zonas de Metrópoli, llamados Smithsen, Urbiza, Greengard, Fratelo y Morianen y les dio la libertad.

—Tenía plenos poderes de los Rectores para concederla a los más aptos.

—Segunda. Los plenos poderes se aplicaban en la jurisdicción de la Gran África, no en sus colonias planetarias, ni en países vecinos, aliados o neutralizados, Smithsen y Urbiza fueron provistos de pasaportes para la Federación de Regiones Tropicales.

—Expondré la causa al final, en mi defensa científica.

—Tercera, Greengard fue provisto de pasaportepara los Estados Nórdicos y los registros anotan una estancia de dos días en la ciudad de Uppernivik, en Groenlandia. —Cierto.

—Cuarto. En cuanto a Fratelo y Morianen, tras arduas investigaciones fueron localizados en la colonia planetaria de Uranum cuando se disponían a embarcarse en los Transmisores con destino a la colonia de los Estados Nórdicos en el satélite Majorus.

—Cierto también.

—Quinto. Los Guardianes Dorados consiguieron recuperar a Fratelo y Morianen. Debidamente tratados por el "reactor de estímulos" en su fase cerebral, reconocieron haber obedecido las órdenes del profesor Odurman y después de haber sido sometidos a la nutrición especial para viajes planetarios.

—Esta imputación tiene muchas bases erróneas. Informaré al final.

—Sexta. Fratelo y Morianen tenían por objetivo tomar contacto personal con agentes de la Federación Centro Asiática que les aguardaban en Majorus.

—Falso. Informaré.

—La séptima. Los demás enviados del profesor Odurman no han podido ser recuperados por los Guardianes Dorados, ya que los organismos defensivos de los Estados Nórdicos y Regiones Tropicales han tomado bajo su protección a los mismos.

—Posiblemente cierto. Ello habrá ocurrido durante el periodo en que he estado bajo la protección de los Guardianes Dorados.

—Resumiendo. El profesor Odurman no ha dado cuenta a los Rectores de sus ilegales actividades.

Morianen y Fratelo iban a tomar contacto con agentes de la Federación Centro Asiática. Ésta pertenece a la categoría de países con los que mantenemos aislamiento. Por tanto, las actividades del profesor Odurman iban encaminadas hacia un solo fin.

Como un coro resonó la voz de todos los jueces.

—¿Cuál fin?

—¡Traicionar a la Federación de la Gran África! Estas palabras habían sido pronunciadas lenta y estentóreamente.

—Se va a efectuar el cómputo de votos. Mientras tanto, el profesor Odurman expondrá su defensa. A medida que sus palabras y sus pensamientos sean registrados, éstos se traducirán en votos favorables o desfavorables que se sumarán a los expresados por todos los miembros del Tribunal Superior de la Rama Científica,

Iba a comenzar la última batalla. El profesor había perdido la cuenta de los tantos que le beneficiaban de los que le perjudicaban. Pero si conseguía convencer a unos cuantos, si conseguía controlar sus ondas pensativas, pronto sería libre y se reintegraría a Kilimanjaro.

Reinó un largo silencio. Odurman preparaba su defensa para limitarla al menor número de palabras. Los invisibles jueces estudiaban su rostro, traducían las gráficas y cambiaban entre sí impresiones que no podía oír el acusado.

La ausencia de público hacía más serena la atmósfera del juicio. Hacía ya unas decenas de años que la administración de la justicia había quedado reducida en su mayor parte a mero trabajo de máquinas que anotaban las reacciones de los cerebros e inscribían en una tarjeta la pena correspondiente.

Solamente cuando el acusado pertenecía a una casta superior se formaban los tribunales, que aportaban su opinión personal al veredicto de los complicados mecanismos.

No en todos los países las normas para aplicar la justicia eran iguales. En la Gran África no existía la pena de muerte, sin que ello quisiera significar que las penas no alcanzaran grados terribles y suficientemente coactivos para prevenir un desarrollo anormal de los delitos.

En cambio, en Centro Asia se recurría a medios más tortuosos para

poder inculpar al mismo tiempo a otras personas que hubieran podido influenciar al detenido. Los rectores de Centro Asia se habían propuesto convertir a sus ciudadanos en meras piezas de una gigantesca e infrahumana organización, y por ello las relaciones entre ese país y las restantes federaciones pecaban por lo general de frías.

Como emplear medios violentos para dirimir discordias hubiera equivalido a destruir el planeta terrestre, las rivalidades de las diversas federaciones tenían por campo de batalla los lejanos planetas. Hacía ya un centenar de años que los planetas habitables del Sistema Solar se habían convertido en colonias y ahora la conquista se centraba en los sistemas inmediatos.

Por un acuerdo tácito las potencias terrestres no empleaban armas de destrucción en masa, que por otra parte resultaba imposible construir, porque inmediatamente eran detectadas. Pero cuando las aeronaves de dos potencias rivales coincidían en un mismo satélite o planeta en el que aún no hubieran sido levantadas las defensas, la lucha se entablaba feroz, a muerte, incluso llegando al cuerpo a cuerpo si las pistolas cósmicas o los cañoncitos extraligeros carecían de combustible o munición.

A veces se aliaban unas potencias contra un grupo de otras potencias terrestres. Otras procuraban captarse la adhesión de los nativos, si los había; o requerían la ayuda de las potencias semi - independientes del Sistema Solar.

En la Tierra continuaba la sorda lucha para saber los secretos de los contrarios, apoderarse de los nuevos inventos, conocer de antemano los planes interplanetarios. Se veían espías y agentes extranjeros por todas partes y se perseguía a los que eran cogidos con pruebas. Eran miles de personas los que cada día eran sometidos a los mecanismos de exploración cerebral.

Pero el profesor Odurman consideraba absurda la imputación de que era agente de Centro Asia. Toda su existencia había sido dedicada a la investigación mecánica, física y termo-dinámica. Había ofrecido a los rectores de la Gran África infinidad de inventos suyos que habían sido aplicados inmediatamente al bienestar de los ciudadanos africanos, al desarrollo de las colonias planetarias y al progreso de la mente. Si alguna vez le habían ordenado la investigación de una nueva máquina, aunque estuviera destinada a los Guardianes Dorados, había obedecido inmediatamente.

Aquella acusación le sorprendía dolorosamente. En los interminables días en que había permanecido aislado en la celda,

sometido de continuo a los rayos neutralizantes, había tenido que hacer supremos esfuerzos para continuar pensando por su cuenta. Había sentido nacer una rabia intensa hacia los desconocidos que absurdamente se habían fijado en él para interpretar a su manera algo que prometía ser de gran interés para el país.

Estaba dispuesto a no decir toda la verdad. Si las cosas iban mal dadas, los datos que comenzaba a recoger de su último experimento se los reservaba para él. Ya sabrían un día u otro la estupidez que habían cometido con él.

Pero lo que más le interesaba era, sin embargo, salir libre de allí. Regresar a su vida normal. Nada de perder el tiempo en venganzas. Iba a hablar cuando resonó la voz de la Merritt:

—Ha pasado el tiempo más que suficiente para meditar, profesor Odurman.

Estuvo a punto de decir una barbaridad. Aquella mujer era impertinente, odiosa. ¡Con qué gusto montaría en su "perso-motor" para plantarse de un salto en Arabia y retorcerle la nariz a aquella rata de largos cabellos rubios y ojos de estilete!

—La magnitud de las suposiciones que me han endosado bien merecía una larga meditación. La profesora...

—El profesor Odurman hará bien en no pretender entablar diálogos con miembros del Tribunal.

—Los actuales Rectores de la Gran África, Bernelli y Vanbolder, me autorizan pública y reiteradamente para efectuar experimentos sin necesidad de dar cuenta a los organismos defensivos de la Federación.

—Ello no excluía el funcionamiento de los Registros.

—Un minucioso estudio de los mismos demostraría que jamás ha pasado por mi mente traicionar a la Federación. Ya sé que los datos proporcionados por los hombres detenidos en Uranium pueden servir de prueba contra mí.

—Una prueba irrefutable.

—Si lo fuera, no habría sido sometido al juicio del Tribunal. Hubiera ya sido condenado.

—No olvide, profesor, que pertenece a la Rama Científica.

—No lo olvido. Pero lo que hayan revelado los dos hombres que

mandé a Uranium no es verdad. El viaje de los cinco nativos de la Rama Constructiva obedeció a que quería experimentar en ellos cierto invento que estoy ultimando.

—Podía experimentarlo sin salir de los dominios de la Gran África en el Sistema Solar.

—Necesitaba países y planetas que reunieran las más diversas características.

—¿Qué clases de investigaciones son esas?

—No tengo por norma dar cuenta a nadie, ni a los propios Rectores, del curso dé mis estudios hasta que el invento no es factible de utilización. Solamente puedo decir que es un arma no destructiva, sí neutralizante, que nos permitiría grandes conquistas en el espacio, superando las de las otras federaciones.

—No es prueba suficiente de inculpabilidad. So capa de tales experimentos pretendía ponerse al servicio de Centro Asia. Tal se deduce de la reciente reunión de grandes khanes, en la cual se jactaron de que pronto tendrían a su servicio uno de los más importantes cerebros de la Gran África.

—No se referían a mí. Porque el culpable tiene que estar en la bóveda y no en el exterior. Buscad entre vosotros, profesores del Tribunal Superior de la Rama Científica y hallaréis...

—¿Nos está insultando! —interrumpió rugiendo la Merritt—. ¡Dice que los traidores somos nosotros!

—No he dicho traidores, sino un traidor. ¿Por qué si un khan asiático fantaseó, yo he de ser la víctima propiciatoria de la intriga de uno de mis colegas? Por desgracia no tengo pruebas para acusar a nadie, pero estoy seguro de que hay más de un ambicioso que pretende ocupar mi puesto en el Kilimanjaro, alejarme de la Tierra. Eso se llama egoísmo y no colaborar con los Guardianes Dorados en la defensa de la Federación...

Esta vez no fue solamente la Merritt la que prorrumpió en denuestos contra el hombre que osaba hablar de aquella manera en el escabel del que pocos salían libres. Fueron todos, a excepción del impasible Guardián Dorado, los que promovieron una algarabía, hasta que el profesor Malere impuso silencio.

—El profesor Odurman ha terminado de hablar. Que el Registro dé el cómputo definitivo y la pena a aplicar.

Por unos segundos sólo se percibió el leve ruido que producían unas ruedecillas dentadas al girar vertiginosamente. El Código mecanizado estaba en aquellos momentos buscando el artículo que debía aplicarse. Durante los primeros segundos se pesaban los pros y los contras. Si había absolución, el Registro cesaba de funcionar. Si el movimiento de las ruedecillas continuaba, quería significar que el hombre solitario merecía castigo.

Un sudor frío recorrió las sienes de Odurman.

No saldría libre. El girar de las ruedecillas iba a condenarle a algo contra lo que se rebelaban todas las potencias de su alma. Era inocente y no admitía ningún castigo por leve que fuera.

El Registro dejó de funcionar.

—El veredicto es... — el profesor Malere leía pausadamente, para dramatizar más el instante —de culpabilidad manifiesta con atenuantes y consideración a hechos pasados.

—¿Cuál es el castigo? — preguntó el Guardián Dorado.

—Oscar Odurman, desprovisto de su categoría de profesor y expulsado de la Rama Científica, será desterrado.

—¿En qué colonia?

—El Registro lo ha anotado claramente... Malere hizo una nueva pausa y añadió, con solemnidad:

—En el planeta Morfos, a perpetuidad.

Odurman sintió un nudo que le atenazaba la garganta. Algo gutural salió de ella, mientras su cuerpo se estremecía de terror.

— ¡Morfos! ¡No, no podéis hacer eso!

La luz que iluminaba la bóveda cambió de color. Los altavoces enmudecieron. La sesión había terminado. Todo cuando dijera Odurman ya no sería oído. Pero el reo clamaba desesperadamente, perdida toda su anterior dignidad.

—Destinadme a la Rama Subterránea; mandadme a Venus. ¿Cualquier cosa menos Morfos!

CAPITULO II

Habían partido del "Centro Radial" de Leopoldville hacía cuarenta y cuatro horas. Los dispositivos energéticos funcionaban perfectamente, sin el más leve fallo, y el piloto Martin Laner confiaba tomar contacto con Kadruga a la hora señalada, es decir, antes de que los mandos acusaran el retraso.

Estaba cómodamente estirado en una especie de sofá, cuyas líneas recordaban vagamente los utilizados en la época romana. La misión del piloto consistía solamente en vigilar al pasaje y estar presto cuando los aparatos reguladores emitieran señales de aviso o de alarma.

Martin Laner se aburría. Pulsó un botón situado en la cabecera del sofá y la pantalla cercana emitió ondulaciones de luz.

—¡Es inútil! A esta distancia no conseguirá captar las ondas de Leopoldville.

Martin Laner se volvió. Quien así le había interpelado era Lydia Omaney, una de las pasajeras. Como los Guardianes Dorados la habían calificado simplemente de "voluntaria", toleraba en ella la conversación, cosa que estaba prohibida con los demás pasajeros que iban desterrados.

—¿Se aplacó su tío, Lydia?

—Ahora está durmiendo. Mejor es que cuando lleguemos continúe así.

—Hace un rato he captado las primeras llamadas de Kadruga. Por allí no hay novedad.

—¿Qué novedad puede haber en esa inhóspita base? Habitada por gentes que quieren regresar cuanto antes, ansiosas de librarse del deprimente panorama que la rodea. Para ellos nuestra llegada será festejada como un día de alegría. Para nosotros la llegada será el enterramiento de nuestras esperanzas.

Martin Laner la escuchaba impasible. Él era un mero servidor de la Federación y no podía faltar a la disciplina. Los pasajeros era una mercancía que se le había ordenado transportar a Morfos. Otro día la mercancía podía ser un grupo de animosos colonos a Sinarkia, o un cargamento de fusibles cósmicos para Nueva Uganda.

Para el piloto no podían haber sentimientos como los que describían las versiones visuales de las novelas manuales de pasados

siglos. Reservaba las expansiones sentimentales de su corazón para la mujer que eligiera entre las de su misma Rama Interplanetaria. La pasajera era un simple nombre de la lista que debía depositar en Morfos.

Pero Laner se aburría. La aeronave avanzaba normalmente y la simple vista del inmenso tablero de mandos no mitigaría el sopor que comenzaba a invadirle y contra el que debía luchar. Por eso había acogido con un poco de íntima alegría la llegada de Lydia.

—Pero usted, Lydia, podrá regresar cuando lo desee. Bastará pasar aviso al Inspector de Kadruga para que éste informe a los Guardianes Dorados y antes de tres días estará de regreso a la Gran África.

—No lo haré. Odio al país que fue capaz de cometer tal injusticia contra mi tío.

—No creo que un Tribunal Superior jamás se equivoque.

—Sólo Dios es infalible.

Martín Laner se quedó confuso. Él cumplía con sus deberes religiosos pero jamás se le había ocurrido que Dios estaba por encima de todas las miserias humanas y que nadie podía pretender tener los mismos dones que el Señor.

—Sí, Lydia, quizá pueda haber un error. En tal caso, tarde o temprano, las máquinas acusarán la diferencia y Odurman será rehabilitado. La vida en Morfos no es como la de los planetas inhabitables.

—Vivir en Morfos es permanecer en letargo inacabable, con un pequeño respiro periódico para no atrofiar las funciones vitales de nutrición. Pero jamás nadie ha salido de Morfos para regresar a la Tierra. Nadie lo ha querido. ¿No es una aberración no desear lo que antes se ansiaba?

—Una permanencia no prolongada no afecta al cerebro. Estoy seguro Lydia que todo se arreglará.

—Martin, usted dice eso por pura cortesía. ¿Es la primera vez que viene a Morfos?

—No he tenido jamás ocasión de venir. Créame que nunca he tenido tentaciones de curiosear en qué consistía esta colonia penal de nuestra Federación. Los documentales muestran unos aspectos demasiado espeluznantes para que alguien quiera fisgar.

—Yo también los he visto. Los nativos son como monos salvajes, llenos de pelambre que les abriga en las noches anuales. Cuando llega la época de la nutrición se pelean ansiosamente por alcanzar la copa de los árboles del polen y perecen muchos de ellos despedazados por sus propios hermanos incluso.

—¿Y los desterrados?

—Sometidos a la terrible influencia de las condiciones termo-climatéricas, van cayendo poco a poco

en el mismo estado que los nativos. Forman una tribu más entre las muchas que pueblan Morfos. Los Brazos Largos, la tribu más poderosa porque consigue más botín nutritivo. Los Dentados porque tienen que limitarse a las raíces, pero de nada les sirve el cerebro, porque apenas pueden recobrarse del letargo en las dos semanas que dura la época de la nutrición.

Mientras ella hablaba, Martin Laner la observaba. Sabía que Lydia contaba entre sus antepasados a renombrados irlandeses que se habían establecido en los territorios que antaño se denominara Unión Sudafricana, Cuando no había tanta mezcla de razas como ahora, las irlandesas tenían fama de bonitas y Lydia lo era en grado sumo. Vestía sencillamente, pero las ropas caían fluidamente sobre su cuerpo con una gracia que pocas mujeres podían conseguir en estos tiempos.

Sobre todo los ojos, grandes y oscuros, como el firmamento que se podía atisbar en la pantalla exterior, fascinaban a Martin. De haber nacido tres o cuatro siglos atrás, sería pintor y reflejaría en un tosco lienzo de hilo vegetal el misterio de aquellos ojos, enmarcados en una corta cabellera no menos negra que Martin imaginaba de dulce acariciar con sus manos.

Ella sonrió al ser observada.

—Parece que mi descripción le ha conmovido. No se ha dado cuenta de que el cuadro de defensas exteriores señala advertencia.

—¡Es cierto!

El pilotó se levantó de un salto. Ya era hora de que surgiese una novedad que le permitiese mover los músculos y avivar la materia gris del cerebro.

—Se trata de un ligero desvío. Habremos chocado con un fragmento de asteroide. Voy a corregirlo.

En los primeros vuelos de ciento cincuenta años atrás, aquel choque

hubiera equivalido a la fulminante desintegración de la aeronave. Ahora las defensas exteriores, perfeccionadas de hora en hora a la luz de las experiencias, hacían remota toda posibilidad de accidente mientras se mantuvieran fuera de la zona de gravitación de los planetas, definidamente delimitada.

—Ese desvío —dijo Lydia —a tardar un minuto más en corregirlo, hubiera representado ir a parar al planeta Gilanius, es decir a la jurisdicción de la Centro Asia.

—¡Dios me libre! No quiero tratos con esos tipos.

—Modere sus "distracciones", pues.

—Está ironizando. Coqueteando mejor dicho. Reconozco que me excedí en la contemplación de su rostro, pero no latirá mi corazón más aprisa por ello.

—Vieja treta de Adán cuando Eva no dispone de "reactores de sentimientos" para desenmascarar al varón.

—Es usted bonita, Lydia, pero coqueta. ¿O acaso astuta? No pretenderá, sería pueril suponerlo, que traicione a la Federación y nos larguemos todos a Gilanius a disfrutar de la existencia.

—No, claro; no pretendo tal cosa. Los pilotos de la Rama Interplanetaria son hombres a toda prueba, inmunes a todo sentimiento hacia las castas inferiores. Por otra parte me repugna tanto ir a Gilanius como a Morfos.

Lydia abrió lentamente la puerta de comunicación con el departamento de viajeros, oprimiendo con su mano un pintado círculo. Pero antes de desaparecer aún dirigió un dardo contra Martin.

—No se distraiga. Recuerde los Registros.

El piloto estuvo a punto de lanzar un bufido. Pero se contuvo. El Tablero de Temperaturas lanzaba una advertencia. Un asteroide ígneo que pasaba cerca y que podía crear influjo magnético y por lo tanto perturbador para la buena marcha. Ya le habían instruido que las proximidades de Morfos presentaban novedades en las que no cabía descuidarse.

Era Martin un piloto hábil y por ello se le había confiado la tarea de explorar los más alejados espacios. Servía las comunicaciones con los planetas remotos porque había puesto a prueba más de una vez el temple de sus nervios, su coraje y su inteligencia y los Rectores sabían que podían confiar en él. Por ello había ido ascendiendo de escala en

escala rápidamente hasta llegar al puesto que ocupaba.

Más no era solamente a su dominio en el manejo de las complicadas naves del espacio lo que le había dado fama en todos los ámbitos de la Federación de la Gran África. Eran sus hazañas en las conquistas de Heros y Nova Tchad las que le habían dado el honor que ahora ocupaba entre los elegidos como ejemplo de las juventudes. En Nova Tchad había conseguido expulsar a más de dos mil asiáticos de un campo atrincherado con solo un centenar de soldados planetarios y la intervención en el momento oportuno de cinco aeronaves desplazándose suicidamente a ras del suelo,

Laner no era, sin embargo, vanidoso. No se había embriagado con el licor de los honores y había rechazado los más de ellos. Cuando los habitantes de Tanger Urbe se volvían para verlo pasar y las doncellas de brillantes vestidos sonreían, el piloto se encontraba incómodo. Por ello vivía lejos de la gran ciudad, en un núcleo satélite formado por viviendas a la antigua usanza, con un jardín que las separaba de las demás.

Era alto y corpulento. Descendiente de colonos españoles, sin mezcla de razas centrales africanas, había heredado de algún remoto antepasado de estirpe nórdica, unos cabellos rubios y unos ojos de gris azulado que le destacaban en cuanto a prestancia física sobre el común de los ciudadanos de la Federación, todos ellos morenos y de cabello rizado, cuando no mestizos de las diversas razas que se habían fundido en un crisol de tres siglos en el Gran Continente y sus posesiones periféricas.

El asteroide ígneo quedó muy lejos. Reguló los dispositivos automáticos de aterrizaje y puso en marcha el condensador de ondas que debía advertir al comandante de Kadruga, el oficial Rupertis, de que se acercaba la aeronave "Morfos-A-311", que pilotaba Martin Laner.

En aquel momento el transmisor advirtió al piloto de que iba a entrar en la gran cabina de mandos el oficial Baboga, suplente de Laner y encargado de los reactores.

—¿Alguna novedad, Baboga?

El oficial era de rostro moreno, a quien los mejoramientos faciales del Instituto de Perfección Física no conseguían borrar las características de antepasados tribales. Muy amigo de Laner y colaborador de éste en más de una arriesgada empresa.

—No, Laner. Tenemos incluso combustible para darnos una

vueltecita hasta Gilanius y soltarles un par de "fundidores". Me dijeron antes de zarpar que tienen una detección infame.

—No es prudente embarcarnos en aventuras no autorizadas por los Rectores.

—Sería una broma, nada más. Con los "fundidores" no haríamos más que asustarles.

—Me ordenaron que regresara inmediatamente. Tengo que traer a Morfos otra expedición de desterrados.

—Lo cual quiere decir que los que llevamos ahora aguardarán en Kadruga a que regresemos. El comandante sólo sale del puesto cuando no hay otro remedio. Por cierto que nunca he parado mientes en el funcionamiento de esa colonia.

—Rupertie y sus hombres ocupan un puesto climatizado y aislado herméticamente del exterior. Cuando tienen que salir tienen que tomar medidas especiales para no contaminarse, ya que entonces serían fácil presa de las tribus. Por lo general solamente se arriesgan en la larga época de letargo.

—Por lo que me enseñaron en los cursos de educación, en Morfos todo ser viviente vive la mayor parte del tiempo sumido en un sopor insensibilizante. Pero que cuando se despiertan son terribles. ¡Pobre comandante entonces, tener que vivir alerta!

—Están demasiado ocupados en buscar algo con que nutrirse. Además su inteligencia está muy atrofiada y nadie sabe que Rupertie los tiene a todos vigilados y que con él está la única posibilidad de salir de su denigrante estado.

—Pero los desterrados son inteligentes.

—Una vez salen de Kadruga se vuelven como los demás. El temible sopor comienza a invadirles y allí donde caen aletargados allí se quedan hasta la época de la nutrición en que también han de pelear por la comida, como los demás.

—Se comprende que nuestra justicia haya escogido Morfos para desembarazarse de elementos peligrosos para la Federación.

—Los peores criminales son trasladados aquí una vez los Registros han demostrado que toda regeneración es imposible. También se envían a Morfos los reos de las Ramas superiores que se han hecho merecedores a tal castigo.

—En nuestro pasaje hay de todo.

—Incluso inocentes como Lydia Omaney, que se ha empeñado en seguir a su tío. Si yo fuera rector no me fiaría de tío ni de sobrina. ¿No encuentras extraño, Baboga, que haya aceptado compartir la suerte del ex profesor Odurman, pero también la de ese criminal de Karl Ashlay, la del cleptómano Fernando Fuentes, la de tantos otros peligrosos que tienen sobradamente merecida la expulsión de la Tierra? Porque venir a Morfos equivale a no regresar jamás. Ella es joven...

—...y bonita. ¿No es una lástima, Martin Laner?

El tono con que Baboga había pronunciado esas palabras equivalía a advertir que habría captado alguna frase de la conversación anterior.

El piloto no respondió, limitándose a sonreír. La pantalla iba agigantando la imagen de un planeta verde, con nubes del mismo color que corrían velozmente en torbellinos a una altura enorme. Debajo de ellas una vegetación espesa cubría como musgo toda la superficie del planeta, pareciendo imposible que los rayos de su sol llegaran a penetrar hasta la superficie inferior.

— ¡Morfos! Ya tengo ganas de estar de regreso. Ojalá me evite el próximo viaje. No me gustaría una aventura bélica en este planeta.

—Por el momento no hay peligro de que Asia Central pretenda arrebatarnos esa colonia sin apenas valor económico alguno.

—Aparentemente no tiene nada que valga la pena. Pero tiene reservas inagotables de mineral vanacrómico.

—¿Para qué sirve eso?

—No lo sé exactamente. Tiene unas propiedades que aún están estudiándose. Una de ellas bastante curiosa tiene relación con el magnetismo. Parece ser que el vanacromio repele con violencia todos los metales magnéticos. Quizá dentro de muchos años, veinte o treinta, los futuros rectores ensalzen a los actuales por haber tenido la idea de retener Morfos. La Historia nos enseña que no hay colonia despreciable.

—Ya tiene algo con qué distraerse Odurman.

Laner se encogió de hombros mientras manipulaba los mandos. Había llegado el momento de tomar contacto con Kadruga. Desde la base el propio comandante le indicaba que podía hacerlo. El túnel de entrada se abriría en el segundo preciso. La aeronave debía tomar la

recta de acuerdo con las cartas registradas.

El "Morfos-A-211" volaba ya sobre la gigantesca alfombra de musgo. Se divisaban algunos claros, producidos por recientes aerolitos cuya caída era frecuente en el planeta, claros que no tardaban en ser invadidos de nuevo por el implacable musgo, devorador de toda otra vida vegetal.

El aparato volaba en vertiginosa línea recta atravesando la densa atmósfera. Había reducido su velocidad a 5000 y se acercaba a Kadruga. En el momento preciso Laner, que no perdía de vista la pantalla, se dio cuenta de que estaban ya en el túnel, donde la velocidad era frenada por aparatos electrónicos situados a ambos lados. Bruscamente las portezuelas se abrieron.

El viaje había terminado.

Un hombre con uniforme de oficial se acercó a Martin y le pidió el correo. Los documentos iban en un cilindro registrador, que transmitía lo que no era viable enviar por mensajes etéreos. Asegurado el Oficial de que el "Mofos-A-311" era la aeronave que debía dársele paso hizo una señal a alguien que estaba detrás de una de las ventanas del túnel y el aparato avanzó lentamente por éste sin que se distinguiera la fuerza que lo impulsaba con suavidad.

El piloto, con medio cuerpo fuera de la nave, sujetando con una mano la portezuela, contemplaba cómo se iban corriendo una especie de telones, medida de precaución de Kadruga contra las influencias del malsano ambiente exterior. El túnel cilíndrico aparecía brillantemente negro y parecía no tener fin.

De repente un telón permitió distinguir una pequeña colmena humana. El aparato, se detuvo definitivamente, parado en mitad de aquella especie de bola radial. Comenzaron a afluir soldados y funcionarios, ansiosos de contemplar el cargamento que llevaba y saber directamente noticias de la tierra por boca de Martin Laner.

De un túnel que caía verticalmente apareció una bandada de soldados. Un hombre de pomposo uniforme dio unas órdenes.

—¿Cada uno a su puesto! ¡Fuera curiosos!

Era el amo de Kadruga, el comandante Rupertie. Con precisión de abejas los soldados, erguidos en sus rápidas plataformas, iban empujando suavemente a los inoportunos y metiéndolos en otros túneles. Rupertie descendió hasta quedar pegado al lado de la portezuela en que Martin Laner contemplaba aburrido todo aquello.

—El comandante Laner, si los registros no se equivocan.

—Lo que no ha ocurrido jamás.

—Por suerte para la Federación y la Humanidad.

Eran las frases de ritual cuando se llegaba a alguna parte, viejos residuos de una cortesía caballeresca medieval. Martin contempló curiosamente a su interlocutor.

Rupertie vestía con adornos fuera de lugar en aquel remoto rincón del Universo. Más bien parecía que para él todo los días eran de gran gala o que cualquiera de los dos Rectores estaba a punto de llegar para hacer una visita de inspección. De todos era conocida la vanidad del comandante de Kadruga, amigo de honores, de grandes paradas y gestos espectaculares. Pero detrás de aquella aparente ingenuidad se escondía un carácter cruel y endurecido.

—Hacía tiempo que no llegaba ningún cargamento de condenados.

—Posiblemente vendrán otros — contestó Martin Laner—. He sido encargado de todos los viajes.

—Resulta un espectáculo divertido para los pobladores de Kadruga verlos partir hacia las selvas de musgos.

—¿Divertido?

—He instalado unas cuantas pantallas por la senda que conduce a los cubiles de los Inteligentes. Vemos cómo van cayendo uno tras otro ateridos de frío, buscando afanosamente un rincón en el que guarecerse.

—Con el calor que debe reinar el frío no se explica.

—Tienen frío, porque el sueño los invade. Se acurrucan y quedan aletargados. Pero más interesantes son las luchas de los novatos, en la primera época de nutrición. Están más fuertes, pero son desplazados por los veteranos. Mordiscos, patadas... como en los primeros tiempos de la humanidad prehistórica.

Laner no pudo evitar un estremecimiento de repugnancia ante la cínica actitud de Rupertie. Intentando demostrar indiferencia, dijo:

—Para las pocas diversiones que hay en Morfos vale la pena observar las pantallas. ¿Pero no se da ninguna preferencia a las mujeres?

Laner pensaba en Lydia. Sentía un malestar imaginando que ella cayera aletargada, acurrucada.

—Ninguna. Es decir...

Rupertie se detuvo. Miró de arriba abajo a Laner para observar si llevaba alguno de los registros-detectores — transmisores de ondas pensativas, control de impulsos—, y al ver que no se mostró más confiado.

—Las que observan buena conducta antes de la partida se quedan en Kadruga algunas semanas, meses o años. En Gran África se nos tiene muy olvidados y tienen alguna tolerancia a este respecto.

Al piloto de la aeronave no le había pasado desapercibido el examen de Rupertie. En ninguna parte del Universo eran válidos los testimonios que no pudieran ser demostrados con alguno de los registros. Por lo tanto Rupertie podía decir todas las mentiras que quisiera a su interlocutor y éste tenía que aceptarlas por buenas.

Laner sonrió forzadamente. Había comprendido perfectamente que Rupertie y sus oficiales eximían de la condena a las mujeres... si éstas eran lo suficientemente bonitas para que todos sintieran los impulsos de una lástima.

Mientras los dos hombres hablaban algunos de los oficiales de Kadruga habían ido viniendo. Todos sentían la misma curiosidad que su jefe para comprobar que el cargamento sería "divertido", ya que las pantallas hacía tiempo que no funcionaban proporcionando el esperado espectáculo.

Rupertie hizo un signo y uno de ellos abrió la compuerta, de salida de la aeronave. Todos los pasajeros, advertidos por Baboga, estaban ya preparados para descender.

El primero en salir, mirando desañadoramente a su alrededor, fue Odurman. Detrás de él, con no menos altivez estaba Lydia.

Los ojos de Rupertie brillaron.

—Trae algo bueno esta vez...

Y añadió volviéndose hacia uno de sus oficiales:

—Creo, Tatiany, que tendremos ocasión de demostrar nuestra benevolencia.

Los dedos de Laner se crisparon nerviosamente. Con gusto hubiera

asestado un buen puñetazo en la cara del engreído y cínico comandante Rupertie.

CAPÍTULO III

Morfos había girado más de cien veces sobre su eje y seguido por dos veces la órbita alrededor del sol Damis.

Dos épocas de nutrición habían tenido lugar en el transcurso de tiempo entre los dos años de Morfos, cuya extensión duplicaba a los de la Tierra.

Las aeronaves que sobrevolaban la superficie de Morfos rozando la impenetrable capa de musgo no podían distinguir la vida que bullía en esas épocas. Como, una selva terrestre que se agitara, animales superiores e inferiores peleaban sin matarse por el alimento vital.

No podían matarse porque carecían de fuerzas para ello. Además, el vencido ya no luchaba más, porque la derrota significaba el carecer de alimento, y la carencia de alimento significaba la muerte inexorable a plazo fijo, durante el letargo.

Los más sensibles registros de la aeronave no eran capaces de señalar ninguna anormalidad en aquel mundo embrionario de impulsos primitivos y necesidades elementales.

Sin embargo, debajo de la selva de musgo algo ocurría.

Una cosa que hubiera hecho estremecer a los Rectores de la Gran África, a la vasta Humanidad que poblaba el continente y su periferia, a los hombres que mantenían la bandera de la Federación en la base de Kadruga.

Si por un fallo hipotético de los mecanismos de aterrizaje y captación de aeronaves, una de ellas hubiera caído en la selva musgosa, en un lugar situado a unos quinientos kilómetros de Kadruga y sus ocupantes hubieran sobrevivido al tremendo choque desintegrador, éstos se hubieran visto sorprendidos por lo que se presentaba ante ellos, inesperadamente.

Había senderos perfectamente trazados, recubiertos de "plostix", materia flexible y durísima a la vez, que se utilizaba en la Tierra para los que gustaban desplazarse a ras del suelo un centenar de años antes.

Aquellos senderos se perdían en cualquier muro de espeso musgo,

sin aparente justificación. Pero bastaba poner la planta del pie sobre los inmediatos metros de "plostix" para que el musgo dejara paso a una rampa inclinada pendiente que se hundía en las profundidades. Al final comenzaba a extenderse una red de pasadizos rudimentarios que recordaban vagamente Kadruga, con escasos focos lumínicos y silenciosos como una necrópolis.

Allí estaba el cubil del Gran Inteligente, el hombre que trabajaba en la sombra esperando el momento del desquite, la hora que no tardarla en sonar.

Él había transformado todo el caos de musgo en una ciudad, rudimentaria, pero más eficaz que muchas de las que existían en las colonias. Todo llevado en el más absoluto de los secretos, cuidando de que nada pudiera ser captado por los registros de Kadruga.

Por los corredores pululaba una multitud de hombres de facciones bestiales que parecían moverse maquinalmente. Las invisibles ondas impulsivas se cruzaban una tras otra, dando órdenes automáticas creando un orden en el caos de unas inteligencias que habían llegado a un ínfimo nivel.

En los cubículos situados entre túnel y túnel otros hombres se atareaban ante máquinas de complicado aspecto, que tampoco se parecían a las que se utilizaban en la Tierra. Estos hombres tenían facciones completamente normales y merecían sobradamente el apelativo de Inteligentes.

En una gran nave, que semejaba una inmensa catedral, se trabajaba hora tras hora. Ni allí ni en ninguna otra parte existía el letargo, la plaga de Morfos. Aquel milagro era debido a un hombre de rostro rojizo, cabellos grises, de corpulenta contextura y manos capaces de estrangular a un león.

Era el profesor Odurman, que se hacía llamar el Gran Inteligente y que había asumido la dirección de toda aquella vasta tribu que dos años atrás no era más que un miserable rebaño sin control, azotado por el hambre, el sueño y el miedo.

En aquel momento se hallaba contemplando los espasmódicos movimientos de una curva de luz reflejada sobre un tablero cuadriculado lleno de signos trazados a mano. Varios hombres jóvenes, vistiendo sencillos ropajes, estaban a su lado contemplando fascinados la tarea del profesor Odurman. Éste acercó la cabeza, siguió con el dedo un lento movimiento de la luz y luego enderezó el cuerpo.
—¡Magnífico! Este problema está ya resuelto.

Fíjate, Sperry.

El aludido era un hombre joven, de barba encrespada. Sus ojos brillaban con el mismo fanatismo de los de su jefe.

—Salta de la Osmia-23 a Fedria Beta-51. Acertó.

—Sí, acerté, Sperry. Pongámonos de inmediato al trabajo. Hay que acabar cuanto antes el Arma Suprema.

Odurman hizo una pausa y miró el cuadrante horario. Luego añadió:

—Pero antes celebremos el final de la penúltima etapa. Llamad a Lydia.

—¿Dónde está? Siempre se mueve inquieta. Nunca está más de diez minutos en un mismo lugar. Quiere verlo todo, estar al corriente de los progresos.

—Es una mujer, al fin y al cabo — comentó otro de los científicos, llamado Bert.

—Puede enorgullecerse de ello — dijo sarcásticamente Sperry, a quien no gustaba que se hicieran comentarios respecto a Lydia.

—He dicho que vamos a celebrar este pequeño triunfo y no a pelear por mi sobrina—atajó secamente Odurman—. Dentro de media hora nos reuniremos en la Nave de Pensamientos. Las discusiones reservadlas para las horas de expansión. Todos asintieron, excepto los dos vapuleados.

Eran muy raras las ocasiones que el profesor

Odurman se permitía hacer un alto extraordinario en la dura tarea que habían emprendido. Aquello significaba que sabrían algo más de sus proyectos acerca del futuro, pues por regla general en la Nave de Pensamientos no era parco en el hablar.

La voz corrió de un lado a otro. Los "inteligentes" podían asistir todos a la hora señalada de escuchar a su jefe. Los "asimilados" eran los únicos exceptuados, porque sus rudimentarios cerebros apenas comprendían nada más que allí no se dormía apenas y se comía mucho, cosa que para ellos era el paraíso, y por lo tanto no se entrometían en las complicadas elucubraciones de la tribu superior, que era la dominante.

Cuando Odurman penetró en la alargada estancia y su imagen se

reflejó en los centenares de pantallas a lo largo de las paredes, un murmullo de satisfacción corrió entre todos los presentes.

Una suave música de acordes rítmicos y marciales se dejó oír al mismo instante. Era tenue y no provenía de ninguna parte concreta, sino que parecía nacer de uno mismo y a la vez venir del infinito. —El Gran Inteligente hablará. El murmullo se había sintetizado en la voz de Sperry. Odurman alzó los brazos saludando. Dirigió una mirada a la muchedumbre que él había salvado y con la mirada un misterioso fluido que parecía magnetizarlos a todos.

—Hablaré. La penúltima etapa ha terminado. Nuestra Arma Suprema está en camino de ser una realidad muy pronto. Podremos salir fuera de Nova Plutón y comenzar nuestras conquistas, castigar a los que pretendieron castigarnos. Sé que es vuestro deseo y es el mío.

Sperry estaba a su lado y preguntó. Era la voz de la muchedumbre que ansiaba saber:

—Nuestro jefe, el Gran Inteligente, ha dicho la verdad. Los "inteligentes" de Nova Plutón quieren saber si la ciudad debe engrandecerse antes.

—Es una inquietud lógica. Nova Plutón debe asimilar más tribus aletargadas, sacarlas de la esclavitud. Necesitamos más hombres, crear un poderoso ejército para establecer el control del sistema Damis.

—¿No pueden constituir un peligro? Se pueden rebelar contra nosotros, si su cerebro en la vigilia se desarrolla y se equipara o supera el nuestro.

—Poseo medios de impedir un desarrollo desmesurado de las tribus inferiores. Ya habéis visto cuan fácilmente hemos convertido en "asimilados" a los Dentados. Los hemos robustecido, hemos creado una raza de seres que formarán la sinuosa vanguardia que nos abrirá paso a la nefasta ciudad de Kadruga:

¿Qué tribu asimilaremos ahora?

—Como he dicho ya tenemos la vanguardia que abrirá brecha. Necesitamos ahora una raza de hombres corpulentos que siembren el terror. He pensado en los Brazos Largos.

Un estremecimiento de terror corrió por la multitud. Los Brazos Largos eran los repelentes seres que aplastaban a las demás tribus y se hacían con la mayor parte del botín nutritivo. Por largas décadas habían hecho la vida imposible a los desterrados, abrumándolos con

su superioridad ancestral. Abrirles las puertas de Nova Plutón era hacer venir

a un enemigo que podría hacer uso del arma más eficaz de que se les proveería: la inteligencia. Por ello, Sperry, interpretó los temores, expresándolos en voz alta.

—Los Brazos Largos son seres infames, no dignos de lástima como los Dentados. Podemos poner en peligro el gran plan para vengar nuestros universales agravios.

—Debéis tener confianza en mí, la tendréis aunque no queráis tenerla. Los Brazos Largos son tan manejables como los dentados y no podernos desperdiciar su fuerza física. Las tribus unidas con un solo fin, el de apoderarse de Kadruga, inducirán a error a los mandos de la Gran África y demás potencias terrestres. Creerán, que se trata de una simple rebelión que será fácilmente sofocada con medios corrientes.

—Comenzamos a adivinar sus maravillosas intenciones, Gran Inteligente..

—Entonces será llegado el momento de utilizar nuestra Arma Suprema. ¡Pensar que estuvo a punto de servir a las ambiciones de los Rectores! El error por el que me condenaron a venir aquí les saldrá caro.

Hubo otro murmullo de asentimiento. Todos tenían su agravio que vengar. Nadie se sentía culpable. Las máquinas los habían condenado, olvidando que ellos tenían un alma creada por Dios y que nunca se inventaría la máquina que fuera superior a Él. Incluso los de alma maligna, cuyo castigo era merecido, consideraban éste excesivo y ansiaban vengarse.

No se daban cuenta de que eran, sin embargo,

juguete de las maquinaciones de su jefe, el Gran Inteligente, el profesor Odurman.

* * *

El planeta Morfos giró cincuenta veces más sobre su eje y el sol Damis dejó de caldearlo.

En Kadruga funcionaban a todo ritmo los recuperadores de sol, manteniendo el clima uniforme en el interior de la inmensa colmena. Sus habitantes, soldados, funcionarios, comerciantes, comentaban las mismas noticias de siempre. Cuando llegaría la próxima aeronave. Cuándo los trasladarían a otra colonia más acogedora. Cuándo

vendrían nuevos condenados. Cuándo se iniciarían las explotaciones de vanacromio.

La molicie reinaba por doquier. Allí no se hacía apenas nada. La Federación procuraba todas las comodidades para que no hubieran quejas entre los allí destinados. Pero aquella noticia era un peligro.

¡Cuán ajenos estaban a él! ¡Cómo se reía el comandante Rupertie cuando Taitiany le hablaba de extrañas cosas ocurridas tiempo atrás!

Rupertie era muy aficionado al ajedrez mecánico, inventado ya cien años atrás. Se trataba sencillamente de un gigantesco tablero proyectado sobre un techo. Los jugadores se tendían sobre un diván a la manera romana y manejando un cuadro de figuras situado al alcance de su mano ejercitaban su habilidad, que era reflejada como el tablero en el movimiento de las figuras también proyectadas.

Ahora estaba jugando una lenta partida con su lugarteniente.

—Te estoy acorralando, Tatiany. —Eso está por ver, jefe.

—Me estoy volviendo un maestro en el ajedrez.

—Es lo único que se puede aprender en esta aburrida colonia.

—¿Aburrida? Yo la encuentro paradisíaca.

—Usted no lleva sangre de aventuras, comandante. Pero los que hemos nacido soldados no deseamos, más que largarnos cuanto antes. Esto parece en ciertos aspectos la Roma de los Césares. Demasiadas mujeres, demasiadas discusiones tontas, demasiada confianza.

—¿Qué quieres decir con eso de la confianza? ¿A quién vamos a temer? Son otros los que vigilan el espacio para que no se nos moleste desde Gilanius.

—El peligro puede no venir precisamente de fuera.

—¿De Kadruga? — El comandante rio estrepitosamente al tiempo que pulsaba el botón del caballo —. Te has descuidado, Tatiany. Tienes la partida perdida, ¿De Kadruga, precisamente? Todos son gente leal, a quien no conviene traicionar a la Federación.

—En Morfos hay algo más que Kadruga. Las tribus, los desterrados...

—Seres aletargados que aprovechan su corto despertar para buscar algo con qué sobrevivir.

—Su despertar un día puede durar lo suficiente para que ambicionen algo más que nutrirse.

—En tal caso nuestros detectores y pantallas situados en los alrededores nos advertirán de cualquier anormalidad. Mis cañoncitos cósmicos los desintegrarán en pocos segundos. Algunas veces me decido a probarlos contra la selva de musgo. De ahí esta extensa zona pelada que hay alrededor de Kadruga.

—Usted sigue las instrucciones al pie de la letra y extrema las precauciones ordenando a los pilotos que den unas cuantas vueltas haciendo funcionar los registros externos para detectar las anomalías en puntos alejados. Pero todas esas precauciones sólo sirven para seres de inteligencia inferior, como los que creemos habitan bajo la capa de musgo.

—Repito que de Gilanius nadie es capaz de aterrizar aquí.

—No me refiero a los de Centro Asia, ni a los Dentados, ni a los Brazos Largos. Me refiero a los "inteligentes".

—Es un nombre sarcástico que inventó un predecesor mío para diferenciarles de esos brutos nativos. Pero los desterrados están más inermes que nadie. Su letargo es el más implacable guardián que tienen.

—¿No puede ocurrir que nadie se sustraiga a la influencia del clima? Uno solo que lo consiguiera...

—¡Jaque mate, Tatiany! Te lo estaba advirtiendo— Rupertie sonreía gozoso. Había ganado la partida y una botella de "Elixir Multicolor" —. Nadie conseguirá nada. Debería contar con aliados en Kadruga. No existen.

—Desde luego no existen... si nos referimos a funcionarios y soldados. Pero están las libertades.

—No pueden mover un dedo sin nuestro consentimiento.

—Ni pueden franquear el muro de Kadruga sin caer victimas del círculo cósmico que nos rodea. Como le ocurrió a Lydia Omaney...

—¡Lydia Omaney! ¡Bah! Era una estúpida que mereció esa suerte. Se cansó de nuestra benevolencia y quiso escapar para reunirse con su tío, aquel loco de Odurman. Una imbécil, coqueta, farsante...

El nombre de Lydia Omaney tenía la virtud de exasperar al comandante Rupertie. Había sido protagonista de un extraño incidente

que había cubierto de ridículo al jefe de Kadruga. Los oficiales aún se reían de la furia que había invadido al vanidoso, al darse cuenta de que la que él había motejado en voz alta de "cándida paloma", había volado.

—Me estuvo exasperando los nervios durante una buena temporada con su coquetería. No descendía jamás de su alto pedestal de diosa ofendida. Sí hubiera sido más lista ahora sería mi esposa y gozaría de honores en todas las colonias de la Gran África. Prefirió caer como una estúpida, desintegrada por los rayos cósmicos.

Tatiany sonrió condescendientemente. Sabía que su jefe era un hombre que sentía debilidad por las faldas y que aquella fallida aventura había sido un golpe para su vanidad. Pero no podía evitar el sentir un especie de admiración por la prisionera, que durante meses había mantenido a raya al amo de Kadruga.

Era ya una historia pasada. Con grandes gritos y lamentos desgarradores la comitiva de desterrados habían partido para su infierno. En Kadruga quedaban las dos docenas mal contadas de muchachas bonitas que Rupertie había indultado en uso de su benevolencia autorizada. Seguían en los cubículos aislados que habían servido de prisión a los desterrados mientras aguardaban a los compañeros que habían de reunírseles para la comitiva hacía terrible su destino.

Odurman abrazó a su sobrina antes de partir y se le vio marchar con decisión hacia el sendero fatal. Perdido entre los demás condenados nadie pudo asegurar después haberle visto en las pantallas aletargarse, buscar un refugio.

Lydia Omaney no pareció entristecerse mucho. Coqueteaba con los oficiales que acudían en busca de su charla, ansiosos de que contara cosas de la Tierra. Se la había provisto incluso de una plataforma individual para que pudiera recorrer a su gusto la inmensa colmena.

Ella lo curioseaba todo, como si buscara un medio de volver a la Tierra, un medio utópico, si no contaba con algún piloto cómplice. Por ello se le prohibió saliera de su cubículo cuando vinieran las aeronaves. Ella comentó despectivamente la medida.

—No deseo regresar al vieja planeta. Otros ostentarán el centro del Universo.

Tatiany le había advertido de la fama donjuanesca de Rupertie. Ella había reído por primera vez desde que llegara a Kadruga.

—¡Qué honor para mí si se digna mirar a esta humilde esclava!

Cuando Rupertie se dignó fijarse en ella aumentaron las atenciones de los habitantes de Kadruga. Podía entrar en todas partes, preguntar cómo funcionaban los complicados mecanismos defensivos, saber dónde estaban los depósitos de alimentos, de armas, de municiones, las fuentes de energía motriz, el cerebro mecánico que regía las necesidades de la urbe.

Lydia sentía una curiosidad muy femenina por todo, casi infantil. Las más rutilantes joyas salidas de los laboratorios del Sur de la Federación, los más extasiadores perfumes que se fabrican en las zonas europeas de la Gran África, le eran enviados por mensajeros que ostentaban las insignias de la guardia de Rupertie.

Con afán versallesco el comandante iba preparando el terreno. Tenía mucha experiencia en esas lides y sabía que desde los tiempos de Eva lo extraordinario las fascinaba. Pero Lydia era más astuta que la serpiente del Paraíso.

El acoso del comandante llegó a extremos insostenibles. Lydia tuvo un respiro cuando los registros dieron la alarma de que faltaban ciertas piezas de repuesto de las máquinas preparadoras de alimento. Luego fue un incendio en los laboratorios químicos. Parecía que era ella misma la que provocaba aquellas irregularidades para alejar de sí al comandante.

Rupertie se volvía loco ordenando a su soldados que repararan los daños y que buscaran al culpable. Si sospechaba de Lydia motejaba la broma de "criaturadas". Pero no estaba bien que aprovechara la libertad de que gozaba para estropear cosas.

Otra vez el mecanismo del círculo defensivo había estado desconectado casi veinticuatro horas de Morfos sin que nadie se apercibiera. Afortunadamente los cañones automáticos de nubes cósmicas no habían tenido que disparar porque ni un solo bicho se había acercado a muchas millas a la redonda, como anotaban las pantallas y detectores.

Para ganar terreno y complaciendo una amable petición de Lydia Rupertie concedió libertad de movimientos a las demás mujeres que habían sido compañeras de viaje de ellas. No menos curiosas se pasaban el día admirándose de continuo por las peculiaridades de la fortaleza de la Gran África en Morfos, como si jamás hubieran visto cañones cósmicos, pantallas detectaras y nubes desintegradoras. Todo era curioseado por ellos.

El comandante ganaba terreno y lo iba perdiendo. Así transcurrieron muchos meses. Lydia cada vez más desafiadora, coqueta inaccesible se había convertido en el tema número uno de las conversaciones en Kadruga. ¿Conseguiría Rupertie sus propósitos? ¿Se casarían o no?

Una larga noche el comandante organizó una fiesta en honor de Lydia Omaney. Estaban invitados todos los oficiales y los más destacados funcionarios de Kadruga. Se habían preparado grandes cantidades de "Elixir Multicolor", la bebida que tenía la propiedad de alegrar sin embotar, de infundir alegría y vigor sin resacas. Rupertie demostraría que en Kadruga no faltaba nada que hiciera apetecible la existencia.

Se habló mucho, se brindó bastante, se cantó con exceso y cuando las luces del sol Damis iluminaron el exterior de Kadruga aún resonaban las risas de los invitados.

Y fue entonces cuando todos se dieron cuenta de que Lydia Omaney había desaparecido.

El comandante Rupertie sintió un escalofrío de terror. Uno de los soldados llegaba advirtiendo que el círculo defensivo había sido hollado. El registro con la frialdad de los signos anotaba que una persona había quedado desintegrada hacía una hora.

* * *

Kadruga era un punto de luz en la inmensa llanura de musgo que rodeaba Morfos. De haber existido en el planeta luciérnagas gigantes corno en otros lugares todas se hubieran concentrado alrededor de la semiesfera de cristal brillante.

La tiniebla envolvía el musgo. Bajo él pululaba la amenaza.

Rupertie dormía inquieto. La conversación de aquella tarde con Tatiany le habían hecho pensar. Debía tomar unas medidas especiales, mandar algún equipo explorador por debajo del musgo gigante, enviar aeronaves por lugares poco vigilados.

Se percibía un sordo rumor proveniente de la fábrica de energía. Se había producido una avería y el amortiguador de ruidos no funcionaba. Aquello avivaba más su insomnio.

Los soldados de guardia revoloteaban de un lugar a otro comprobando que los mecanismos de control no señalaban ninguna anomalía. Gracias a ellos los habitantes de Kadruga podían dormir

tranquilos.

Tatiany dormitaba en la Jefatura militar. Aquella noche le correspondía ejercer la vigilancia con la más escogida unidad de Morfos. Pero se había dejado vencer por el sueño. Diríase que alguien había dejado abierto un portón por la que se filtraba la atenazadora atmósfera del exterior.

No había nadie más por los túneles y corredores. La bóveda central estaba desierta.

El rumor cesó. Quizá la avería habla sido reparada. Tatiany inclinó la cabeza sobre su pecho y roncó plácidamente. Rupertie daba vueltas sobre su lecho, inquieto a pesar del silencio.

De repente crujió algo. Al principio sólo fue un chasquido, como de un dedo gigante que rayara un cristal con la uña. Luego fue el estrépito de algo que se quebraba en mil pedazos.

¡La bóveda exterior de Kadruga había saltado, misteriosamente!

Y lo que era más extraño los mecanismos de alarma no transmitieron sus angustiosas llamadas. Sólo unas cuantas personas de oído aguzado se levantaron de sus lechos para mirar al exterior.

Tatiany fue uno de ellos. Descolgó un transmisor de emergencia y dio la señal de alarma. Pero tampoco ésta fue transmitida por el dispositivo general.

En los corredores comenzaba a cundir la alarma. Aquel fallo de las máquinas tenía inquietos a los soldados. Volaban de un lugar a otro consultando con sus oficiales, preguntando a Tatiany qué había que hacer.

— ¡Todos a la bóveda exterior! De esta manera

sabremos qué ha, ocurrido.

Iban llamando por los cubículos para despertar a todo el mundo. Se movían pesadamente como sí las plataformas volantes estuvieran lastradas. Todos tenían sueño, un sueño lento y unas extrañas ráfagas de aire frío avanzaban por los corredores como triste presagio de lo que iba a suceder.

Tatiany no tenía tiempo de ir a avisar al comandante y envió a un soldado. Pero antes de que éste pudiera llegar vio el camino interceptado por unas misteriosas figuras. Aquellas gentes no eran de raza terrestre.

—¡Invasores!—gritó aterrado, volviendo grupas.

Algunos soldados también habían visto al mismo tiempo a los desconocidos. Uno de ellos murmuró estremecido.

—Juraría que son Brazos Largos.

A todos se les erizó hasta la raíz del cabello. Nunca habían ni remotamente imaginado la posibilidad de tenerlos allí dentro, en Kadruga. Los habían visto centenares de veces en las pantallas conectadas con el bosque y sabían cuan bestiales eran en la lucha.

— ¡Además van armados, vestidos diferente...!

El oficial Tatiany cortó en seco las conversaciones. La obligación de los soldados era defender Kadruga. Por eso la Federación los había enviado allí no para aterrorizarse como tímidas doncellas al menor peligro.

—Liquidad a los que no se rindan a nuestra intimación, sin consideraciones. Hemos de expulsarlos de aquí para que vuelvan a sus cubiles.

Y añadió para sí:

—Un poco difícil será eso, porque... ¿cómo diablos han conseguido rajar la bóveda?

La protección exterior era de "plascromía" transparente, mil veces más dura que los diamantes naturales. Los Brazos Largos no lo podían hacer con la simple ayuda de sus dientes y uñas. Además aquellas armas no estaban fabricadas en Kadruga.

Tatiany avanzó valerosamente por el corredor 124 que era por donde venía la corriente de aire más fría. Solamente le seguían diez soldados. No llegó nunca al final. Apenas habla avanzado medio kilómetro cuando una nube de invasores, aullando con gritos bestiales, se lanzó sobre el reducido grupo. Las armas chasqueaban vomitando los desintegradores rayos, esparciendo la muerte a su alrededor.

Las plataformas volantes de los invasores, privadas de sus ocupantes, caían como una lluvia hacia el fondo. Pero por el corredor afluían refuerzos como un chorro desbordante. A los cinco minutos Tatiany y sus hombres habían perecido.

Rupertie seguía igual. Sentía frío. No oía nada. Le parecía que había demasiada oscuridad, pues algo debería filtrarse por las rendijas. Abrió la ventana. Efectivamente no había claridad. Pensó que

intentando reparar la avería habrían estropeado más la central.

Pesadamente se incorporó y pulsó el botón de la pantalla más cercana. Ésta tampoco se iluminó, produciéndole este hecho una sensación de escalofrío.

Salió al corredor angustiado. ¿Qué ocurría en Kadruga? Había visto unos cuantos soldados volando velozmente, como si huyeran de algo que él no podía ver. Gritó:

—¡Tatiany! ¡Soldados! ¿Qué ocurre?

Bruscamente el corredor quedó brillantemente iluminado, al tiempo que Rupertie se estremecía de frío. Miró hacia el extremo del corredor vertical. ¡La cubierta de "plascromía" estaba rota!

Se sintió levantado bruscamente sin que nadie lo tocara. Junto a él, diversos objetos flotaban también en el espacio. Parecía una cosa de pesadilla. Rupertie intentaba agarrarse en vano a las paredes, a las puertas, pero éstas se desprendían así mismo e iban elevándose por el corredor vertical hasta la cúpula rota.

El comandante gritaba aterrorizado pidiendo que le auxiliaran. Alguna máquina se habría roto y producía una fuerza de succión inexplicable a la que nada ni nadie se podría sustraer. Si salía fuera, estaba perdido. Caería lejos, muy lejos, sobre cualquier bosque musgoso y pronto dormiría en letargo embrutecedor, igual que sus víctimas.

Otros hombres iban elevándose. Algunos de ellos estaban muertos. Los demás gritaban angustiadamente, como Rupertie. En medio de ellos una nube de heterogéneos objetos, entre los que cabía ver armas destrozadas, piezas de mecanismos, cajas de víveres y un sinfín de cosas, se elevaban lentamente hacia la quebrada cubierta.

Llegaron a ella y se elevaron más vertiginosamente aún, sin fuerza motriz que les impeliera. No caían. Kadruga iba alejándose y Rupertie sentía que la atmósfera se enrarecía, que todo su cuerpo era fláccido y que las fuerzas se le agotaban. Tenía los ojos desencajados, los dedos crispados, haciéndose sangre en la palma de la mano. Un último destello de inteligencia le permitió intuir lo que le estaba ocurriendo.

¡Se estaba elevando hacia las remotas regiones de la estratoesfera de Morfos! Pronto sería un minúsculo satélite más, flotando eternamente entre dos atracciones.

Era una muerte espantosa. Era la muerte de Kadruga así mismo,

porque tras él estaba desmoronándose hacia arriba la ciudad... ¡perdida la gravedad que la sostenía sobre la superficie de Morfos!

CAPITULO IV

Los rectores de la Federación de la Gran África habían convocado al Consejo Público en la Gran Urbe de Jartum, capital en aquella década y sede de uno de los dos rectores, es decir, los hombres que dirigían los destinos de la nación.

Afluían a la ciudad utilizando los medios más rápidos de transporte los miembros del Consejo que no vivían en ella. La reunión era algo excepcional, porque normalmente se utilizaba el sistema de pantallas conectadas, de manera que nadie tenía que moverse del lugar en que estuviera.

Se trataría de algún asunto de indudable gravedad. La anterior reunión personal había tenido lugar quince años antes cuando se decidiera romper toda clase de relaciones con Centro-Asia. Ahora Bernelli, antiguo rector, había solicitado de los actuales, Gálvez y Bartianupolus, una convocatoria para exponer unas informaciones que acababa de recibir relacionados con algo que motivaba la grave preocupación de los rectores y que debía ser expuesto al Consejo Público a fin de tomar las más enérgicas medidas.

Formaban el Consejo miembros de todas las ramas, personas destacadas por su historial, todos los que habían sido rectores, amén de los gobernadores de las colonias planetarias. Estos últimos estaban exentos de participar personalmente, pues no había tiempo para venir y, además, se había cursado la alarma a todos los planetas dependientes. Se rumoreaba que la Gran Asia había realizado una cobarde agresión, violando la costumbre establecida de respetar las conquistas ya afirmadas oficialmente.

También se aseguraba que se preparaba una expedición de gran envergadura hacia los planetas gemelos y gigantes de Osmos y Faren.

La presencia del piloto Martin Laner, héroe de muchas batallas planetarias, parecía confirmar los rumores.

Pero en realidad nadie sabía nada. Incluso el propio Laner ignoraba las razones que habían movido al rector Gálvez a convocarlo a título extraordinario en el Consejo Público.

El piloto se había sentado en el lugar señalado para los

informadores y contemplaba curioso el espectáculo solemne de la entrada de los representantes de la Federación. Una amalgama de razas se fundían en la amplia bóveda subterránea iluminada por los rayos solares transmitidos.

Cuando el reloj señaló la hora exacta de la convocatoria, todos se levantaron. Precedidos por soldados de gran gala, los rectores hacían su entrada y se sentaban uno al lado de otro en el estrado que lo dominaba todo.

—Desconecten los transmisores. La sesión no es pública.

Entre los consejeros corrió una oleada de rumores. Aquella medida sólo se tomaba en casos de extrema gravedad.

—El respetable Bernelli va a hablar.

Gálvez había hecho una seña y ofrecía su puesto a Bernelli, mientras él se sentaba en segundo término con un descifrador de mensajes en la mano y poniendo un documento tras otro en el mismo, aparentemente ajeno a lo que decía el orador.

—Señores consejeros: He solicitado esta reunión extraordinaria para daros cuenta de una serie de hechos que los respetables rectores se han dignado comunicarme, solicitando al mismo tiempo mis modestos conocimientos para ayudar a su resolución.

"Sin embargo, la gravedad de lo que ocurre me ha impulsado a daros cuenta de ciertos hechos que hasta ahora se han mantenido en secreto por temor a que potencias enemigas pudieran hacer uso de ellos.

—¿Se trata de un acto de guerra? — interrumpió uno de los consejeros.

—Eso creímos todos al principio. Pareció que fuerzas armadas de Gran Asia procedentes de Gilanius habían tomado por sorpresa nuestra colonia de Morfos. Hicimos la correspondiente protesta por mediación del Grupo Escandinavo-Siberiano y se nos contestó que podíamos enviar a un agente a Gilanius para que nos convenciéramos de que ellos seguían sin novedad. Se nos permitió realizar un vuelo sobre esa colonia y los registros atestiguaron la realidad de las manifestaciones de los asiáticos. —¿Qué ocurrió, pues, en Morfos? — Tenemos en el momento muy vagas ideas acerca de lo que puede haber ocurrido. No tenemos medio de tomar contacto con el comandante de Kadruga y nuestros registros no consiguen captar nada.

—Es de suponer que se habrán enviado aeronaves exploradoras.

—Desde luego, respetable consejero del Sudán, es una medida primaria que se procedió a realizar al segundo día. Fueron enviadas cinco aeronaves provistas de armamento y detectores ultrasensibles para que aterrizaran a distancia prudencial de Kadruga.

—¿Qué averiguaron?.

—Lamento comunicarles que no regresaron.

—Sigue, pues, el misterio en torno a Morfos. ¿No es así?

—Efectivamente. Estuvimos manteniendo contacto con todas las aeronaves en el momento que avistaron Morfos. Bruscamente fueron dejando de emitir una tras otra, sin explicar nada, sin dejar más que un rastro insignificante que no podemos desentrañar. Escuchen.

Colocó en un amplificador de mensajes una esferita. Se trataba de los registros emisores que acababa de mencionar. Se oyó la voz de un miembro de la Rama Planetaria que iba relatando lo que iba viendo.

"... y volamos sobre los bosques de musgo. Llamamos a Kadruga que se distingue en la lejanía como un minúsculo punto iluminado..."

—Se trata de la aeronave que volaba en último lugar — aclaró el ex rector Bernelli.

"... no contestan. El musgo no revela nada. Quizá cuando nos acerquemos... ¡Dios mío!... el capitán... sale disparado... desint..."

En la sala de Consejos podía oírse claramente la respiración apenas contenida de los representantes. Aquellas pocas palabras representaban el misterio contra el que habían de enfrentarse. Un misterio que nadie osaba adivinar siquiera.

Se levantó Bartianupolus, el otro rector, —Resumiré las pocas conclusiones a que hemos llegado:

"Los asiáticos no están en Morfos.

"Cabe la posibilidad de una rebelión del comandante Rupertie y sus hombres. En tal caso hubieran enviado algún mensaje exponiendo sus propósitos o amenazas. No lo han hecho. Siguió diciendo:

"Pueden haberse apoderado de Kadruga los nativos.

"Ello es imposible, porque las tribus permanecen aletargadas o luchando por los alimentos y carecen de armas para penetrar en

nuestra magnífica base.

"Pueden haberse apoderado de Kadruga los desterrados.

"¿Cómo?

"Hemos convocado a petición del respetable Gálvez a uno de nuestros héroes, el comandante Martin Laner. Él nos informará si durante este tiempo ha sacado las conclusiones debidas acerca de lo informado por Bernelli.

El ex rector volvió a su puesto y su lugar fue ocupado por el joven piloto. Aquella imprevista llamada le había puesto ligeramente nervioso y se atusaba la corta y revuelta cabellera como si estuviera colocándose la escafandra de salida al exterior en pleno vuelo.

—He escuchado atentamente a los respetables Bernelli y Bartianupolus. Si el rector Gálvez me ha convocado es porque los registros me señalan como el piloto que llevó la última expedición de condenados a Morfos.

"He descartado también las posibilidades de una invasión enemiga y de una sublevación del comandante Rupertie. Éste se hallaba a su gusto en Kadruga para buscarse locas complicaciones. Sólo queda la teoría de una intervención proveniente de los bosques de musgo. También la descartaría si no

fuera por un solo factor positivo.

—¿Cuál? —preguntó impaciente un consejero.

—La presencia entre los desterrados de la última expedición hace dos años del ex profesor Odurman.

— ¡Odurman! Lo creo capaz de habernos jugado esa mala pasada — interrumpió una mujer. Era la profesora Merritt—. Ciertamente un tipo diabólico capaz de hundir en el Atlántico todo el continente africano de hacer estallar satélites a voluntad. Con razón le condenamos a destierro en Morfos.

Gálvez amonestó a la impertinente:

—Termine de informar el comandante Laner. Ningún consejero está autorizado a emitir opiniones mientras tanto, y solamente se pueden hacer preguntas aclaratorias.

Laner aguardaba pacientemente, divertido con la interrupción.

—Suponiendo — continuó — que Odurman se haya librado de la maléfica influencia del letargo, era hombre de sobrados conocimientos para dar algún disgusto a nuestros soldados y funcionarios, aun careciendo de medios. Si contaba con algún cómplice en el interior de Kadruga, su rehabilitación, más que posible, es segura. Desgraciadamente el profesor debía tener un cómplice en nuestra base. Tengo pruebas evidentes de ello.

—¿Por qué no denunció a debido tiempo la existencia de ese cómplice?

Laner enrojeció ligeramente. Pero contestó sin alterarse:

—El comandante Rupertie tenía autorización para hacer lo que hizo, aunque hiciese uso abusivo de los poderes concedidos. Por tanto no debía entremeterme en ,lo que no me incumbía.

—¿Quién era ese cómplice?

—Lydia Omaney, la sobrina del profesor, depositaria de los secretos científicos de éste.

Un rumor corrió entre los asistentes. Se alzaban voces indignadas pidiendo aclaración a aquella anomalía, intentándose explicar el fallo de la perfecta organización colonial. Laner prosiguió:

—Lydia Omaney fue liberada de internarse en la selva de musgo. El comandante Rupertie decidió que ella, como otras muchas jóvenes, debía quedar en Kadruga, Rupertie hacía, como he dicho, uso extralimitado de unos simples poderes concedidos por los rectores. Fue un error que quizá nos haya costado Kadruga y todo el planeta Morfos.

Los consejeros comenzaron a gritar:

—¡Medidas extremas para recuperar Morfos!

— ¡¡Castigaremos a Rupertie!

—¡Si no volvemos a Morfos, perdemos todas las demás colonias del sistema Damis!

— ¡Gran África no puede tolerar la humillación ante las ambiciones de Centro Asia!

—¡Averigüemos si Odurman es el culpable!

— ¡Severo castigo para el desterrado traidor!

—Volquemos nuestras poderosas armas sobre Morfos — intervino Gálvez tras restablecer el silencio —. Por eso os he mandado llamar, respetables consejeros. Se trata de una acción en la que probablemente habremos de movilizar todos nuestros avances técnicos, nuestros más poderosos medios de combate. Quizá nos veamos obligados a luchar contra nuestros inveterados enemigos, los asiáticos. Por ello,antes de emprender ese trascendental paso, quiero vuestro asentimiento. Meditad y exponed vuestra decisión. Los registros computarán.

Los consejeros hablan comprendido perfectamente el sentido de todas las frases pronunciadas. Perder el control de Morfos equivalía a quedar interceptado el acceso a las demás colonias del sistema Damis, ya que entre Morfos y Gilanius los asiáticos dominarían todo aquel sector del universo.

El más anciano de los consejeros se levantó para expresar en nombre de los demás la razón del voto favorable que los registros acababan de señalar. Los rectores tenían plenos poderes del Consejo Público para disponer de todos los recursos de la Federación.

—Comprendemos que hemos de aunar, nuestro esfuerzo material con la suavidad diplomática. No podemos emprender una lucha abierta en los espacios contra la Centro Asia sin una razón probada que lo justifique. Por lo tanto aconsejamos en primer lugar que se envíe una fuerza exploratoria a Morfos, equipada con aparatos sensibilizados y dispuesta a destruir el planeta si es preciso. Si los asiáticos se interfieren, tendremos la prueba de que ellos son los culpables de que hayamos perdido temporalmente el centro de Morfos.

—Los rectores nada debemos oponer a juicio tan sensato — dijo Gálvez—. Propongo un nombre para dirigir todas las operaciones sobre Morfos. Es un hombre que se ha hecho famoso no hace mucho, un hombre joven y aguerrido que sabrá vencer. Está entre nosotros... ¡el comandante Martin Laner!

CAPÍTULO V

Baboga vela reflejada en la pantalla que tenía ante sí la sonriente imagen de su jefe. Éste le advertía recriminándole:

—Vamos a dar al traste con todo por tus imprudencias. He dicho que no debemos ser detectados desde Gilanius.

—Perdóneme, jefe. Tanto tiempo oír hablar de esa poderosa base de los asiáticos y ahora pasar sin husmear un poquito.

—Nuestro objetivo no es molestar a los asiáticos sino saber qué ocurre en Morfos.

Las aeronaves de brillante color se desplazaban fuera del campo de atracción del planeta Gilanius. Los profesores de la Rama Científica que iban en el último aparato de la formación trabajaban precipitadamente para aprovechar los escasos minutos que pasarían por las cercanías de aquel planeta.

Captaban débiles señales de los registros asiáticos, tomaban notas del relieve de las ciudades para poder calcular más tarde su disposición y contenido bélico, forzaban la aeronave a realizar un frenado para desorientar a los registros de captación planetaria.

El jefe de la formación no cesaba de inquirir cerca del profesor Smultzen:

—¿Están seguros de que no hay contacto alguno entre Morfos y Gilanius?

—Estamos convencidos. Debemos proseguir hacia nuestra colonia y averiguar sobre el terreno.

Las cinco estilizadas máquinas avanzaban raudas por la negrura de los espacios interestelares, flanqueadas por un centenar de ovoidales naves auxiliares destinadas en su mayor parte a absorber los dañinos efectos de los rayos cósmicos,

En menos de veinticuatro horas se hallarían dentro del campo de atracción de Morfos. En el curso de viajes anteriores Martin Laner había tenido ocasión de estudiar la monótona geografía del planeta y ahora se hallaba trazando un plan tras otro para librar a la expedición de la misteriosa potencia que había destruido a Ruperti.

Para lograr sus fines contaba Laner, además de Saboga y Smultzen, con otros leales colaboradores. Allí estaba el comandante Reading, su viejo compañero de las batallas espaciales, veterano de la Rama Interplanetaria, el teniente Vanilmen, imbatible en la pesquisa subterránea, para quien lo que se escondía debajo de la superficie de los planetas no tenía secretos y el profesor Pacelic, un mago del mundo inverosímil de las novobacterias, recién descubiertas, y que prometían dar mucho juego en el perfeccionamiento de las defensas orgánicas del cuerpo humano.

En las poderosas naves armadas se habían concentrado los mejores cerebros y los más aguerridos corazones de la Gran África, Todos habían acudido al llamamiento de Martin Laner sin vacilación aun a sabiendas de que de aquella empresa se podía no regresar. La Rama Científica estaba brillantemente representada. La Armada, la Interplanetaria, la de Comunicaciones, la Defensiva, también estaban representadas por jóvenes animosos dispuestos a jugárselo todo.

Martin Laner dirigía su pantalla de una a otra aeronave. Trabajaba febrilmente para que ni un solo detalle de la operación que se iba a efectuar pasara inadvertido. Iba a descansar del agotador esfuerzo mental cuando recordó que no había consultado con el oficial Dessmer de la Rama de Comunicaciones.

Maniobró en los mandos y la pantalla le reflejó la imagen del veterano Dessmer, que ocupaba una de las máquinas ovoidales auxiliares. Tenía en la mano un proyector de planos, en cuyo tablero se reflejaba parte del mapa de claros de Morfos.

—Deseo transmita al oficial de rumbos la localización exacta del claro de que me habló hace unas horas.

—Se refiere al claro de Tana, ¿verdad?

Le mostró el protector, amplificando la imagen de un espacio sin musgo. A su alrededor éste aparecía chamuscado.

—Esta grabación fue efectuada hace menos de un año — prosiguió Dessmer—. Es un claro artificial producido en una prueba desintegrante hecha por Rupertie. Creo que no ha habido tiempo de que se cerrase a pesar de su pequeñez. A propósito de eso, ¿no le parece demasiado reducido para meter toda nuestra expedición?

Laner quedó por unos momentos pensativo.

—Sospechaba esa dificultad. Desde luego no cabemos todos, pero eso será una ventaja. Si nos distribuimos por varios claros más o menos próximos a Kadruga, corremos menos riesgo de ser totalmente aniquilados.

—Desde luego uno u otro será exterminado. Pero creo que, gracias a las pantallas catódicas instaladas en todos los aparatos de la expedición, cabrá averiguar el porqué del aniquilamiento.

Martin Laner no dejaba nada al azar, por lo menos antes de emprender una aventura. Luego confiaba más en su cerebro y sus músculos. Mientras tanto los científicos hacían su labor para que por

lo menos no pudiera decirse que se le mandaba a un simple suicidio. La técnica había llegado a un grado tal de avance que con sólo cerebro y músculo un hombre se hallaba tan inerme como un troglodita de la Edad de Piedra, sin hacha, enfermo y ante un hambriento dinosaurio.

Pronto las pantallas comenzaron a amplificar la imagen del planeta Morfos. Las aeronaves se aproximaban a una vertiginosa velocidad a un lugar de éste, situado exactamente en los antípodas de Kadruga. Era de suponer que la potencia que dominaba la base no alcanzaría a controlar correctamente un lugar tan alejado. Desde allí se bifurcarían en varios grupos, al mando cada uno de un oficial de confianza, para aterrizar en los puntos convenidos.

Una vez en tierra avanzarían manteniendo el contacto con transmisores para coincidir en Kadruga, suponiendo que todo fuera bien.

Laner apretaba los labios a medida que iba haciéndose más visible la capa de musgo gigante. Los rayos catódicos atravesaban la perpetua neblina que a manera de nubes cubrían el planeta y permitían una visión clara de la superficie, demasiado monótona por otra parte.

—¡Punto de separación, minuto doscientos veintitrés! ¡Rumbo convenido, minuto doscientos treinta y cinco! Adelante y... ¡buena suerte!

Laner no había vacilado al dar la orden. Alguno

de los valientes no regresaría jamás a la dulce tierra, quizás él mismo. Pero el deber le imponía seguir adelante, aceptar con una sonrisa en los labios la suerte fatal que pudiera caberle.

Pronto estaría ante el claro. Una ligera vacilación de segundos sería fatal.

El piloto jefe ajustó los mandos, al tiempo que abría las válvulas miliares que frenaban la velocidad. Su vista estaba fija en las múltiples pantallas que reflejaban cada uno de los grupos en que se había subdividido la expedición, visión transmitida por ondas "bumerang", es decir, que Laner veía las aeronaves como si estuviera observándolas desde tierra.

—¡No olviden las normas de aterrizaje! ¡En fila india tras de mí!

Las pantallas señalaban que los demás grupos tampoco tardarían en llegar a su destino.

El claro de Tana era ya perfectamente visible sin necesidad de

pantallas transmisoras de largo alcance. Si Laner o Baboga hubieran podido asomarse a costa de grandes dificultades y exponiéndose a quedar con la cabeza separada del tronco, hubieran divisado aquella mancha sobre el verde musgo.

La aeronave de Laner aterrizó limpiamente. Su proa al mismo tiempo comenzó a arrojar una serie de lengüetazos de fuego amarillo, con el fin de abrirse paso a través de la parte inferior de la capa de musgo y quedar a cubierto provisionalmente de indiscretas ondas registradoras.

Los otros aparatos habían así mismo aterrizado y procedían igual que el del jefe. En pocos minutos

todos quedaron debajo de la selva y el claro no ofrecía señales de que alguien hubiera estado allí. Los expedicionarios abrieron las compuertas y comenzaron a despojarse de sus complicados aparatos físicos de vuelo que los cubrían a manera de cilindros plateados rematados por un semicírculo de materia transparente.

Reading suspiró.

—¡Demasiado fácil! Confiaba en que habría lucha antes de tocar este viscoso suelo.

Se le acercó el teniente Vanilmen, sonriendo.

—Ya tendremos trabajo más adelante, comandante. Verá cómo Laner no nos dejará enmohecer. Vámonos, que nos está aguardando. O se habrá quedado dormido. Es extraño que, habiendo sido el primero en aterrizar, no se hayan aún abierto las compuertas.

—Sí, es muy extraño — murmuró Reading—. Vamos.

No tenía nada de particular que Laner no hubiera

salido al exterior. Sus ojos estaban como hipnotizados, mirando fijamente una de las pequeñas pantallas.

Allí se había visto hasta hacía pocos segundos la aeronave ocupada por el profesor Smultzen avanzando normalmente. De repente ésta comenzó a cabecear locamente como si los mandos se hubieran enredado entre sí o alguien de la tripulación se hubiera vuelto loco y éstos hubieran caído en sus manos.

De repente y casi seguidamente los demás aparatos del grupo comenzaron a cabecear como avispas enloquecidas. Uno de los ovoides chocó con uno

de los estiletes; pero, en lugar de desintegrarse con

el rudo choque, quedaron cabeceando pegados uno al otro. Parecía como si un genio infernal estuviera entreteniéndose en jugar con la formación.

Cuando la potencia misteriosa se cansó, se vio cómo partes exteriores de los aparatos eran arrancados por una especie de dedos invisibles que los lanzaba vertiginosamente hacia las capas remotas de la atmósfera. Bruscamente todos los aparatos fueron atraídos hacia la nave de Smultzen, quedando formando un informe montón de hierro y plástico retorcido, abollado, rezumando llamaradas verdes.

El montón comenzó a rodar sobre sí mismo, como una peonza y fue elevándose. La pantalla iba siguiendo su monstruoso itinerario y la columna de registros situada al lado iba indicando la altura que estaba alcanzando la imagen. Su velocidad era espantosa y Laner se estremecía al pensar en lo que habían quedado convertidos sus ocupantes. Elevábanse sin cesar, rebasando las diversas atmósferas de Morfos y poco a poco iban perdiendo velocidad.

Lentamente el informe montón que poco antes habían sido máquinas ultramodernas de vuelo planetario se detuvo. Su dirección era a partir de entonces paralela a la superficie del planeta.

¡El grupo de Smultzen se había convertido en satélite del planeta que pretendía reconquistar!

* * *

Laner sintió un vago jadeo tras de sí. Volvióse. Allí estaban Reding, Baboga, Vanilmen, los oficiales de su grupo, mirando como el fascinante drama se estaba desarrollando ante ellos. Todo había sucedido en pocos minutos. El poder invisible de Morfos había asestado su primer golpe.

Nadie pudo evitar la desazón de no saber contra qué o quién iban a combatir. Sólo Laner era capaz de prever cómo, dónde y cuándo el enemigo iba a asestar su próximo golpe.

Cerró la pantalla, que hubiera seguido eternamente reflejando la aterradora imagen de lo que había sido el grupo dirigido por Smultzen. Miró uno por uno a los hombres que estaban ante sí, intentando descubrir una sombra de vacilación en ellos.

—Estoy seguro de que nadie ha pensado en volverse atrás. Una vez en Morfos no hay retirada. Cuando recuperemos Kadruga...

—Será cuestión de pocas horas — dijo Baboga. —En los planes se ha de tener presente el reciente fracaso, que todos acaban de ver.

—Debió caer en alguna trampa preparada por ese diabólico profesor — intervino el comandante Reading.

—Posiblemente. Podemos dar gracias a Dios de que los restantes grupos estemos por el momento a salvo. Los ocupantes de Kadruga no deben haber previsto la posibilidad de una expedición tan numerosa como la nuestra. Habrán creído que sólo iba contra ellos el grupo de Smultzen. Su sacrificio nos ha salvado a los demás.

—Por lo tanto...

—Intentar tomar Kadruga por el aire será imposible. Seguiremos el camino terrestre. —¿Camino? En Morfos no hay caminos. —Lo abriremos nosotros. Nuestros registros a distancia nos advertirán de cualquier anomalía. El teniente Vanilmen mandará el primer grupo exploratorio. Irá avanzando hacia Kadruga trazando un semicírculo. El segundo grupo, dirigido por Reading, trazará el resto del círculo mientras el tercero que dirigiré yo será el diámetro teórico.

Vanilmen señaló uno de los mapas proyectados sobre la pared.

—Considero perfecto el plan del comandante Laner. Supongo que se me entregarán los suficientes cañones desintegradores para abrirme paso a través de la selva.

—Desde luego. También los dispositivos correspondientes a su especialidad.

—¿Debo entrar en Kadruga por el subsuelo?

—Exactamente. Reading atacará por la superficie, mientras mi grupo lo hará por el aire con las "balas saltarinas".

—¡Buena ocasión para probarlas!

Se trataba de unas aeronaves pequeñísimas, provistas de emisoras de ondas paralizadoras, amén de cañoncitos mortíferos, de una manejabilidad y ligereza sin precedentes.

—Las "balas saltarinas" es lo único que podremos transportar por el estrecho túnel que abriremos en el musgo. Los hombres que quedarán en el claro de Tana serán utilizados como reserva y para asestar el golpe definitivo, de ser necesario. Pero debemos utilizar sobre todo nuestra mejor arma.

—¿Cuál?

—La sorpresa. El enemigo no debe darse cuenta de que estamos avanzando. Los de la Rama Científica deben ayudar en todo lo posible a crear una barrera de ondas que nos aislé de los detectores enemigos. Además deberán captar algo que nos permita saber qué clase de arma tienen esas gentes.

—¿Cuándo comenzamos?

—Ahora mismo. Voy a elegir los soldados y oficiales que me acompañarán.

Era necesario darse prisa para que el enemigo no pudiera descubrirles, avanzar con rapidez por el musgo, sin tener en cuenta el peso de los equipos de que iban provistos para contrarrestar los peligrosos efectos del letargo de Morfos.

A pesar del perfeccionamiento de los mismos algo se filtraba a través de ellos. Había que hacer un supremo esfuerzo de voluntad para conservar lúcidas todas las facultades, no dejarse dominar por una vaga somnolencia que les debilitaría en la hora del peligro.

Laner pronto tuvo escogidos a los hombres de su unidad y señaladas las máquinas que debían abrir paso y crear la barrera protectora. Pero en Morfos y ante los misteriosos peligros que les acechaban las máquinas eran de menos utilidad que las virtudes heroicas de los expedicionarios. Habían partido con la fe de poder ser útiles a los que habían quedado en la Tierra, librándoles de un peligro que podía ser decisivo para la marcha de la civilización y estaban dispuestos hasta el sacrificio.

Martin Laner y los que les acompañaban eran de esa selecta minoría. Modestos hasta la exageración, se contentaban con una sonrisa agradecida de la mujer amada al regreso de sus victoriosas expediciones. Es decir el comandante Laner no podía aspirar siquiera a esa recompensa, porque aún no había entregado su corazón a ninguna de las beldades de que la gran nación se enorgullecía…

Y no era porque Laner fuera un hombre insensible. Prueba de ello era la tortura en que se debatía su corazón. Porque no había podido olvidar a Lydia Omaney y ella estaría en Morfos aún. Si contaba en las filas de sus enemigos, debía vencerla, llevarla a la Tierra y entregarla a los tribunales para un implacable veredicto. No podía sentir odio por ella, aunque la estuviera matando.

—Son los menos veinte segundos del minuto cero. ¡En marcha!

Las tres expediciones estaban ya listas. Sus jefes, todos los hombres habían puesto sus relojes al minuto cero. Automáticamente éstos se pondrían en marcha y los taladradores avanzarían.

Un sordo rumor fue agrandándose por unos segundos y luego se fue apagando. Los amortiguadores cumplían con su misión de poner sordina total a los movimientos de la expedición.

Laner iba en cabeza de la formación. Su aparato despedía lenguetazos e iba abriéndose paso vertiginosamente por el musgo. Éste se cerraba detrás de él, pero los demás iban agrandando el túnel, de manera que la retaguardia de la columna, compuesta de "balas saltarinas" pudiera desplazarse sin dificultad.

La pantalla iba mostrándole el avance inexorable desde el claro de Tana hacia Kadruga. Morfos era inmenso, pero antes de los ochenta y tres minutos fijados todos convergerían sobre la capital de Morfos.

—¡A sus órdenes, comandante Laner!

Apareció en la pantalla la imagen del sargento Billenken, que iba siguiéndole a pocos metros hacia la derecha. Era un muchacho que jamás había salido hasta ahora del planeta natal. Se mostraba asombrado de la monotonía de Morfos.

—Si todos los planetas habitables son así, no valía la pena que en 1980 se iniciara la era del Espacio. La Tierra es una pura delicia al lado de esto.

—Tienes razón, Billenken. Pero un día colonizaremos esto y lo convertiremos en un grandioso campo de experimentación. Haremos mares, montañas, lagos, ríos, haremos una segunda Tierra...

La imagen de Billenken desapareció bruscamente. El comandante Reading llamaba desesperadamente. Su rojiza faz apareció.

—Han desaparecido dos de mis taladradores.

—¿Cómo ha sido eso?

—No comprendo nada. Los he ido llamando uno a uno y faltan Asnian y Benumar. Los detectores no señalan ninguna anomalía. ¿Regreso a buscarlos?

—Quizá se hayan empotrado en algún sitio en que el vanacromio sea demasiado duro. No detenga su marcha hacia el objetivo.

Laner era implacable una vez estaba en operaciones. Si Reading se

retrasaba buscando a los desaparecidos, la conjunción de fuerzas quedaría desequilibrada.

—¿Vanacromio en la superficie? Ahora recuerdo que este planeta abunda mucho en este mineral. Con unos puñados seríamos ricos en la tierra. Sin embargo, aquí maldita la gracia que me han hecho. Adviértaselo a Vanilmen.

—El teniente no dispone de medios para horadar

el vanacromio. Dios quiera que el subsuelo de Kadruga no esté sobre un yacimiento de esa especie. Le voy a ordenar que pase lista de su expedición.

Vanilmen no observó ninguna anomalía. Su marcha era la más regular y ganaba tiempo para poder disponer de él en la marcha subterránea, más lenta.

En cambio, Laner era el que corría menos, puesto que seguía la línea recta. Tampoco había ninguna anomalía entre sus taladradores y "balas saltarinas".

El comandante, apartando los ojos de la pantalla, miró a través de la escotilla. Tan bruscamente como se había detenido, el taladrador se puso en marcha, sin control...

—¡Diablos! Esto se eleva... ¡Todos fuera!

La máquina no respondía a los mandos de los hombres que la ocupaban. Laner había abierto de un manotazo la escotilla y había saltado fuera, rebotando contra el musgo, a riesgo de romperse la escafandra. El taladrador pasó rozándole como si alguien lo balanceara por encima de su cabeza con una fuerza desconocida.

—¡Pegaos al musgo! ¡Agarraos fuertemente!

Laner intuía que la salvación estaba en no desprenderse por ningún concepto de las fibras verdes. Parecía que una fuerza poderosa atraía hacia arriba a máquinas y hombres. Las primeras se atropellaban en el aire, se aglomeraban formando un confuso montón que con horrísono estruendo iba elevándose cada vez más arriba.

Percibieron un grito lejano. Era Juncov, uno de los pilotos, que por no obedecer las órdenes de su jefe había quedado encerrado en su taladrador y estaba corriendo la misma suerte que los componentes del desgraciado grupo de Smulzen.

Era un lamento desgarrador, de agonía. Nadie

osaba siquiera levantar la cabeza, aferrados como estaban al clavo ardiendo del musgo verde. Laner se daba cuenta de que el poder del enemigo consistía en aquella fuerza misteriosa que levantaba las máquinas y las expulsaba del planeta.

—¡Es imposible resistir esta succión! —gritó uno de los soldados—. El musgo quema y...

—No os soltéis — ordenó Laner —. Agarraos fuertemente y moveos a través del musgo con ayuda de vuestras pistolas. Podéis soltaros cuando no experimentéis esa sensación de ser absorbidos. Seguidme.

Laner avanzaba penosamente tanteando en el espacio el lugar en que la misteriosa potencia fuera perdiendo fuerza. Le seguían no menos dificultosamente los cincuenta hombres mal armados que habían logrado saltar de los taladradores.

Laner no se desanimaba. Había perdido los taladradores, las "balas saltarinas". Se encontraba materialmente inerme luchando contra lo invisible. Pero confiaba en salvarse. En peores se había encontrado.

Recordaba los embudos absorbentes que eran una de las más poderosas armas de los asiáticos. Pero aquello no se parecía en nada. Los embudos atraían horizontalmente y no verticalmente. Tendría que ser un embudo gigantesco colocado en un satélite de Morfos. El planeta no tenía satélites. Por tanto era imposible.

Casi estuvo a punto de darse una palmada en la frente de no haber precisado de ambas manos para avanzar. Una vez que estuvo a punto de morir aplastado con otras aeronaves en uno de esos embudos, experimentó la sensación de que la fuerza gravitatoria del planeta en que se hallaba se había vuelto loca. La máquina se le escapaba de las manos...

— ¡Una diabólica treta del profesor Odurman! Se decía que preparaba un arma sensacional!

—¿Qué está diciendo, jefe? — oyó muy cerca de él —. ¿Por qué grita?

Laner no se había dado cuenta de que su amplificador de boca estaba abierto, con el fin de no perder contacto con sus hombres. Lo que había dicho para sí había sido oído por el otro.

—Me parece que estoy adivinando qué diablos ha inventado Odurman para apoderarse de Kadruga y para hacernos todas estas jugarretas.

—De poco nos va a servir, jefe. Cada vez resulta más cansado agarrarse. Si no fuera porque no tengo ganas de convertirme en satelitoide a perpetuidad, con mucho gusto me dejaría elevar.

—Pues tenemos que sostenernos. Tenemos que llegar a Kadruga, aunque sea sin escafandras.

—¡Dios quiera que no lleguemos a ese estado? ¿Qué decía de Odurman?

—Ese hombre ha instalado en diversos lugares de Morfos, posiblemente en más abundancia cerca de Kadruga, algún dispositivo que expulsa todo lo que se agarra sobre la superficie o vuela sobre ella. Para ello crea una zona artificial libre de la ley que rige el equilibrio de los planetas.

—Comienzo a ver claro, jefe. Esa ley es la de...

—¡La gravedad! Nuestros enemigos han "desgravitado" a todos los aparatos que han caído bajo su maléfica influencia. De la misma manera se habrán hecho con Kadruga. Digo nuestros enemigos, pero tengo la seguridad de que es obra de Odurman. Es el único hombre capaz de una genialidad científica así...

Se oyó otra voz más lejana. Era Billenken que había hecho un descubrimiento sorprendente.

—¡ Hay un camino recubierto de "plostix"!

Otras voces confirmaban el descubrimiento. No tardaron todos en hallarse allí. Pero el camino presentaba además otra particularidad.

Laner fue el primero en soltarse del musgo.

—Aquí no hay desgravitación. Mi teoría se aproxima a la certidumbre.

Mas ahora se les planteaba un nuevo problema. El "plostix" demostraba que se hallaban en terreno enemigo. ¿Qué debían hacer? Avanzar. Pero, ¿en qué dirección? Los dos extremos del camino estarían en poder de los dueños de Morfos.

—Quizá haya otra zona libre de desgravitación — apuntó uno de los soldados.

—Nos hallaríamos en medio del musgo. Tardaríamos mucho en encontrar la base de Tana. Posiblemente dos años... si tuviéramos fuerzas para llegar allí y medios materiales de que carecemos.

Además, a medida que pasa el tiempo, es más difícil volverse atrás. Hemos de recobrar Kadruga o perecer. Conque seguiremos el camino en la misma dirección que llevábamos; encomendémonos a Dios, y adelante.

El camino no presentaba huellas de haber sido recientemente utilizado. Caminaban a buen paso, aprestadas las pistolas y pegados a ambos lados, unos a considerable distancia de otros, Laner precediéndolos a todos.

A medida que avanzaban, iban distinguiendo un leve rumor que antes no habían percibido. Era un zumbido muy vago como si emergiera de las entrañas de la tierra.

— ¡Esto no consta en los mapas! Hemos de ir con precaución.

Uno de los soldados de Laner llevaba un registro de distancias que había conseguido desprender de su taladrador en el último momento. Su flecha indicaba la presencia de un habitáculo de capacidad indeterminada a una distancia de poco menos de una hora.

Laner caminaba a grandes zancadas. Estaba impaciente por llegar cuanto antes al misterioso recinto subterráneo del zumbido. No sentía la fatiga ni le cansaba el reflejo luminoso que emitía el "plostix" contra las paredes de musgo. No se dejaba dominar por la somnolencia que a pesar de todo penetraba en las escafandras transparentes.

Pero a pesar de todo...

El musgo, arriba a los lados, entrañaba una amenaza. Los seres escurridizos que habitaban Morfos, si era la época de la nutrición podían atacarles, infiltrándose por la selva espesa. Pero los soldados de la Federación de la Gran África, los expedicionarios enviados para rescatar Morfos no podían adivinar si allí había o no enemigos.

Y de allí les llegó la perdición. Más no eran los seres viscosos repelentes, semidesnudos, que habitaban allí. Eran gentes perfectamente equipadas, armadas con dispositivos desconocidos que repentinamente aparecieron por todas partes.

Antes de que Laner pudiera dar la orden de defenderse, uno de los oficiales acorralantes, un hombre de rasgos terrestres había hecho unas señas a los suyos, seres de traza bestial, indicándoles las escafandras,

Laner sintió que la suya estallaba en mil pedazos. Sintió una angustia física atenazante, agotadora. Sus rodillas se doblaban. Intentó

levantar su pistola y disparar, matar a unos cuantos enemigos suyos antes de perecer, pero la cabeza amenazaba estallarle, se asfixiaba, sus ojos estaban inyectados en sangre, haciendo un vano esfuerzo para abrirlos, inútilmente... y fue cayendo, con lentitud, sobre el brillante suelo del camino...

CAPÍTULO VI

Notó la boca amarga. Le habrían dado una píldora reconfortante. Al mismo tiempo en la estancia se percibía la claridad difusa de las cabinas de salud.

—Muy amables — murmuró Laner—. Pensé que había muerto. Pero, ¿qué me habrá ocurrido?

—Estaba — no sabía quién lo había puesto en aquella posición — recostado contra la parte. No había nadie a su lado. Pero, como respuesta una voz se dejó oír. Era una voz de mujer, una voz familiar.

—¡Estás prisionero, loco oficial de las aventuras! Has osado desafiar al Gran Inteligente y has perdido. Pero nuestro jefe te dará una oportunidad, porque es más magnánimo que los hombres que lo condenaron injustamente.

—A fe que no creí que pudiera oír frases tan pomposas en este desierto planeta. ¿Quién es el "gran inteligente"? ¿Quién es la bella mujer que me honra dirigiéndome tan dulces palabras?

—Eres un estúpido, Martín Laner. Siempre lo has sido. Pero como ahora nunca. ¿No reconoces mi voz, de la que te estás burlando?

—Imagino que es una mujer tan fanática como su genial pariente. Una mujer que creí que no lo era tanto como él, pero que como entonces prefirió seguir el mismo camino de perdición.

—Tanteas en el vacío. ¿Temes pronunciar mi nombre?

—No le temo, ni temo tu poder. Eres Lydia Omaney,

—¿No te satisface hallarte vivo aún, no condenado a sufrir sempiterno letargo en las selvas, saber que puedes contar con mi protección?

—Tu protección, Lydia, será seguramente perniciosa para mi sentido del deber. No acostumbro a traicionar a mi patria, como lo has

hecho tú. Tu deber familiar no te obliga a poner en peligro el sistema de colonias de la Federación en el sol Damis. Una loca aventura que no puede tener otro fin que el fracaso.

—El Gran Inteligente, es decir el hombre que tú conocías por el "ex profesor Odurman" no puede fracasar. Su genio es superior al de todos los demás profesores de que puede disponer la Federación. Por eso su ambición no se limita a Nova Plutón, ni a Kadruga, sino que aspira a apoderarse de toda la Gran África, ostentar la supremacía de la Tierra, hacerse dueño del Universo.

—Grandes objetivos para los que sin duda necesitaran armas no menos gigantescas.

—Disponemos del Arma Suprema que está perfeccionándose en estos momentos a costa de los estúpidos que como tú han venido a caer en la inmensa trampa que es Morfos.

—Reconozco que eso de la desgravitación es una cosa terrible.

—Celebro que hayas adivinado que se trata de crear zonas desgravitadas, donde nada es estable y en donde toda arma es inútil. Podemos dirigir esa potencia a voluntad esa anti-fuerza hacia donde nos plazca. Ni la energía atómica, ni la cósmica, ni los registros, ni la simple fuerza física pueden oponerse a esa Arma Suprema. Ya ves lo que le espera a la Tierra, si, llegado el día intenta oponerse a la voluntad del Gran Inteligente.

—El "Gran Loco" lo llamaría mejor. Justa o injusta la condena al destierro debía haber ofrecido esa arma a la Federación y quizá se hubiera librado de venir a Morfos.

—Los Rectores, el Tribunal de la Rama Científica, todos sus corifeos son unos estúpidos y no merecían un premio para el que nada habían hecho. La venganza es un placer tan antiguo como la misma humanidad.

—Un amargo placer y un grave pecado. Una ruin venganza personal que costará la vida a millones de seres probablemente... si se lleva adelante.

—¿Dudas de la firme decisión de mi tío?

—Los locos siguen siempre hasta el fin. Pero afortunadamente están los cuerdos para impedirlo.

—Los que llamas cuerdos están inermes. Contémplate a ti mismo.

Martín Laner era la viva imagen de la derrota.

Desprovisto de escafandra, sus astillas le colgaban del cuello. Sus ropas estaban reducidas a andrajos. La tribu de los Brazos Largos había tratado duramente al aletargado prisionero y gracias a los oficiales de raza terrestre que conseguían imponerse a los apenas domesticados soldados, había escapado con pocas magulladuras.

—Si aún tienes la facultad de darte cuenta de que existes, es porque me enteré de que teníamos prisionero al jefe de la fuerza expedicionaria enviada para reconquistar Kadruga. Por escaso margen de tiempo te libraste de ser arrojado a la selva maldita, donde nadie te hubiera encontrado jamás y en donde arrastrarías la miserable existencia que puedes suponer.

—¿Qué ha sido de mis compañeros?

—Prisioneros también en espera de la decisión del Gran Inteligente una vez te haya interrogado a ti. Bastó a los Brazos Largos hacerles saltar la escafandra para que todos os derrumbaseis. En cuanto a las columnas que en semicírculo avanzaban hacia Kadruga han vuelto grupas, atemorizadas.

—Al fracasar la columna central, las demás han optado por una prudente retirada. Desgraciadamente no pude advertirles de la índole del arma que se emplea contra nosotros.

—De nada les hubiera valido. Contra ella no hay réplica.

—Así lo crees, Lydia — Laner quedó unos momentos pensativo—. ¿Dices que tu tío quiere interrogarme?

—En efecto. Y proponerte algo que te interesará, si no persistes en tus habituales zarandajas del deber.

—Será un placer para mí escucharle. Durante el viaje en que tuve el honor de trasladarlo aquí apenas le vi abrir la boca.

—Estaba trazando en su pensamiento el gran plan que tanto éxito ha tenido.

—Tiene un pobre concepto de sus enemigos el profesor Odurman. Ya considera un éxito haberse apoderado de un planeta con escasa guarnición. O acaso es para ocultar su miedo…

—No tenemos miedo de nadie — exclamó con tono indignado la voz que parecía venir desde todos los lados de la cabina — aunque sólo dispusiéramos de una docena escasa de fusiles desintegradores,

hubiéramos luchado por apoderarnos de Kadruga. Todos esos fantoches de la Gran África, nos dan risa más que miedo, empezando por ti, Martín Laner.

El piloto vio un resquicio en las palabras de la muchacha. Aquella Lydia no se daría cuenta en su fanatismo, en la cabeza imbuida por fantasías de su tío, de que iba a emplear un truco muy poco sutil para ganar su confianza. De momento que estaba prisionero y desarmado debía emplear la astucia para conseguir algo, para cambiar la situación a su favor. En primer lugar reconocer el terreno y nada mejor para ello que atraer al enemigo, hacer un "prisionero" simbólico.

—¿De veras que no te doy miedo, Lydia?

La invisible voz vaciló unos segundos.

—No, Laner, nunca he sentido ese tonto temor hacia los guerreros, ni la pazguata admiración de las jóvenes terrestres que...

—En tal caso, ¿por qué no has venido a hablar conmigo personalmente? ¿Por qué lo haces a distancia, tras un micrófono acústico? Por lo menos podrías haberte dignado transmitir tu imagen por la pantalla. Estoy desarmado, Lydia.

—Por comodidad. No estoy en Nova Plutón ahora. Te hablo desde Kadruga.

—Por miedo, Lydia. Me gustaría oírte directamente... y verte, naturalmente. Charlaríamos mejor.

—¿Tienes en ello... un interés personal?

—¿Vendrás o no? —Laner eludía la respuesta—. Precisamente ahora no tengo nada que hacer.

Lydia rio.

—Voy a dar orden de que te trasladen a un habitáculo confortable... con centinelas a la puerta desde luego. Supongo que estarás completamente repuesto del ambiente exterior. Pide nutrición completa y suplementos y que te den un equipo nuevo.

—Procuraré estar presentable, Lydia. No tardes.

—Dentro de cuarenta y tres minutos siderales estaré contigo.

Aquello iba bien. Laner, que mientras había durado la conversación había estado dando vueltas en la cabina, se detuvo y ocultó su boca

con la mano. No quería que Lydia se diera cuenta de que estaba sonriendo.

* * *

Lydia Omaney se había transformado por completo. Ya no era la muchacha tímida y sencilla que marchaba con los desterrados. Los centinelas se apartaron respetuosamente a su paso y ella misma abrió la puerta, sin esperar a que éstos lo hicieran.

—Bienvenida, Lydia. Me honras sobremanera con tu visita. ¡Cómo han cambiado los tiempos!

Ella se sentó en un escabel. El habitáculo, de reciente construcción, era muy diferente de los de Kadruga. No había lujo alguno y apenas estaba provisto de muebles. Laner lo había estado observando todo mientras lo trasladaban de la cabina a aquel lugar. Se daba cuenta de que se precisaba una cantidad enorme de genio y energía para levantar de la nada aquella gran ciudad subterránea sin que desde Kadruga el comandante Rupertie no se diera cuenta de nada. Un genio y una energía que, de haberse aplicado a fines pacíficos, hubieran en poco tiempo transformado Morfos por completo. En su lugar Odurman sólo pensaba en la venganza. ¡Cuán lamentable progreso el que es motivado por el mal! Laner añadió.

—Y cómo ha cambiado la selva de musgo. Ahora debajo de ella hay ciudades como ésta. Los nativos las tribus de desterrados se han convertido en legiones combativas, perfectamente armadas y adiestradas.

—¿Reconoces que venceremos? —Dejemos eso, Lydia. Olvídate de que soy tu prisionero.

—No te trato como a tal ahora. Quiero convencerte de que no tienes más opción que alistarte en nuestras filas.

—¿Es eso lo que me va a proponer tu tío?

—El Gran Inteligente puede llegar a esa magnanimidad que no mereces. Pero no puedo adelantarte su pensamiento.

—No tengo prisa en conocerlo. Lo que sí me acucia la curiosidad es saber cómo se las compuso el profesor para sacar de la nada toda su tremenda fuerza, crear la base de Nova Plutón, hacerse con la poderosa arma de la desgravitación. Debía contar con una complicidad en Kadruga. No es necesario ser un lince para saber que esa complicidad se personalizaba en…

—En mí. Me aproveché de las chifladuras de Rupertie para ir arrojando fuera de Kadruga, piezas iniciales que mi tío recogía a escondidas.

—¿Cómo pudo ser? ¿No estaba aletargado como los demás?

—No. Había un grupo que consiguió librarse del sopor, gracias a unos antisomníferos que conseguí sacar de la Tierra antes de partir.

—Pero Rupertie tenía por costumbre observar por las pantallas la marcha de los desterrados hasta que éstos caían.

—¡Pobre tonto ese comandante! Caras le costaron esas equivocaciones y todas las que cometió. Previamente puestos de acuerdo, los hombres que habían ingerido el antisomnífero simularon que caían como los demás. Durante unos días vagaron penosamente por el musgo, sin nada que llevarse a la boca, sosteniéndose por la virtud del preparado químico.

"Finalmente, hallaron en un resquicio de la base lo que yo había ido dejando para que comenzaran la tarea. El ingenio del Gran Inteligente hizo lo demás. Luego me escapé yo y mi tío montó los dispositivos de manera que todos creyeran que me había desintegrado al cruzar la barrera exterior.

"Poco después vino el ataque. Por aquel entonces Nova Plutón ya funcionaba a todo rendimiento y era una base secreta con una eficiencia doblemente superior a la de Kadruga. Atacamos por sorpresa con el Arma Suprema y el éxito fue total. Una vez Kadruga en nuestro poder, transformaremos Morfos y seguiremos por el espacio hasta llegar a la Tierra.

—¡Bonita fantasía la de tu tío! Casi estoy por admiraros a los dos, pero prefiero admirarte a ti sola, y no por tu habilidad como espía en Kadruga, sino por tu simple belleza como mujer.

—No olvido la última conversación que sostuvimos en tu aeronave. Sufrió algunas distracciones por lo que tú llamas mi belleza. Una simple emoción de varón y nada más. Los guerreros y los pilotos de la Gran África están inmunes a todo sentimiento. El deber ante todo.

—El deber no nos impide que una mujer nos guste o no.

Martín Laner se había ido acercando a Lydia. Ella instintivamente se había puesto en pie, pero antes de que se hubiera incorporado, el piloto la había cogido ambos brazos y la miraba en los ojos.

—Y tú me gustas, Lydia — añadió —. Tanto o más que el día que te

conocí. Aunque seas soberbia y despótica, imbuida de afán de venganza, no dejas de ser bonita.

—Déjame, Laner, o llamo a los centinelas! No puedo perder el tiempo de esta manera.

—Estar enamorada no significa perder el tiempo.

—Estás loco o eres un engreído. Yo no estoy enamorada de ti.

—Lo estás, Lydia. No hubieras venido. Quieres engañarte a ti misma, pero tus ojos no me han engañado a mí. Te lo demostraré.

Martín Laner la estrechó entre sus brazos y depositó en sus labios el más ardoroso beso que los "reactores de sentimientos" jamás hubieran registrado en los anales planetarios. Ella por unos segundos intentó eludirle, pero luego correspondió con no menos ardor. Durante aquella fracción de tiempo ambos estuvieron olvidados de la causa que los reunía allí.

Hubiera sido un beso interminable a no haber sido porque uno de los centinelas de exterior gritó.

—¡Paso al Gran Inteligente! ¡Saluden!

Ella se desprendió con gesto de rabia de los brazos del piloto. Un poco más y habría sido sorprendida por su implacable tío en un momento de debilidad.

—Estás loco, Martín, estás loco... ¡adiós!

Dio un portazo y se escabulló rápidamente por uno de los corredores. En el habitáculo quedaba Laner, sonriendo. Pero su sonrisa ya no era irónica.

CAPITULO VII

El amo de Morfos no se fiaba de sus disciplinadas hordas. Se hacía custodiar por una escolta de "inteligentes", es decir de gentes de raza terrestre, todos adictos y dispuestos a escalar con él la cumbre del poder universal.

—Había decidido mandarle a la selva a gozar de las delicias que los estúpidos de la Federación destinan a los infelices que no gozan de su favor. Pero Lydia, mi astuta sobrina y lugarteniente, me rogó desistiera de ello.

—Somos prácticos como en la Tierra. A cambio del perdón deberá alistarse en mi armada. Sabemos que goza de gran predicamento y que los Rectores le han nombrado jefe de la expedición punitiva. Si se suma a nuestra causa, será elevado a la categoría de general superior y se encargará en su día de la guerra contra los centro-asiáticos, que usted ha combatido tantas veces.

—Para defender el honor de la patria... que otros traicionan.

El rostro del Gran Inteligente pareció volverse de color púrpura.

—A veces mi sobrina tiene sentimientos que no debiera tener. Por ejemplo, haber sentido lástima de un hombre que había jurado nuestro exterminio. Pero ella apeló a mi magnanimidad y pidió no me dejara influenciar por opiniones hechas sin ton ni son. Considero sus últimas palabras como una de ellas. Olvidemos todo el pasado y comencemos desde ahora. ¿Está dispuesto a sumarse a nosotros?

—Prefiero la selva o la muerte, lo que usted elija; jamás faltaré a mi palabra.

—Aunque lo pusiera en condiciones de reunirse con los demás ingenuos que creen poder batirse, no tendrá por ello salvación alguna, Laner. ¿No le ha dicho nada. Lydia, acerca de mi Arma Suprema?

—Algo de ella me ha hablado. Peligroso juguete en manos de un loco.

—Loco, traidor, desterrado... he aquí a lo que ha llegado ese Odurman, dirán en la Tierra. Pero, cuando haya" vencido, ya no seré ni un desterrado, ni un loco, ni traidor. Seré el dueño del Universo habitado, el conquistador de nuevos espacios para el género humano.

—¿No teme, Odurman, que esa arma sea de doble filo?

—Sé perfectamente cómo manejarla, pues la estudiaré a fondo antes de comenzar a utilizarla.

—Eso dicen todos los científicos. Su confianza ha dado más de un disgusto a la humanidad. Recuerde las primeras armas termonucleares a fines del siglo veinte, la desintegración de Mercurio a mediados del veintiuno, que costó la vida a treinta y cuatro millones de colonos y la pérdida de tan valiosa fuente de materias primas, la destrucción de la superficie de la Antártida por medio de los supermagatones experimentales. En todos esos casos, los inventores dijeron que no había peligro secundario, que el arma era perfectamente controlable.

—Supongamos que me equivoque, que no pueda dominar mi Arma

Suprema, ¿qué pasaría, entonces, Martín Laner?

—La acción que ahora reduce a zonas perfectamente delimitadas, puede esparcirse a todo Morfos. En poco tiempo la superficie del planeta quedaría igual a la de los pequeños satélites, como por ejemplo la Luna Terrestre, desprovistos de atmósfera y sometidos por lo tanto a los terribles cambios de temperatura entre el día y la noche.

"Al romperse bruscamente el equilibrio, al faltarle la presión de la atmósfera, Morfos podría estallar en infinitos pedazos, provocando incluso el estallido de otros planetas próximos, o lo que es más probable su contaminación de falta de gravedad. Todo esto iría sucediéndose encadenadamente hasta acabar en la completa destrucción del Universo.

"Usted es, ha sido una eminencia en la Rama Científica. Sabe perfectamente que lo que digo se ajusta por completo a la realidad. ¿Quiere asumir la terrible responsabilidad de acabar con todo vestigio de civilización interplanetaria, con todo residuo de vida?

Odurman miró sombríamente a Laner y de repente se puso a reír histéricamente. Sus ojos brillaban poseídos de furia, de odio y de demencia a la vez, como si sus carcajadas fueran latigazos para el hombre que había osado desafiar su creencia de que no había poder que se le opusiese, de que sería dueño y señor de las conquistas del espacio.

El Gran Inteligente se acercó a Laner y le apuntó con el dedo.

—¿Te unes o no a mis soldados? ¡Contesta! —No.

—Tú lo has querido. Serás conducido a la selva para que te pudras en el letargo, para que seas víctima de las razas feroces que aún quedan. No te matarán, pero pasarás hambre, frío, torturas. Todo por no haber aceptado la magnanimidad del Gran Inteligente.

Laner no contestó, limitándose a mirar impávidamente al enfurecido científico. Su pensamiento se hallaba ya lejos de las amenazas que escuchaba.

Pensaba en Lydia, pensaba en los hombres que aguardarían en Tana su regreso, en la ansiedad con que en la Tierra aguardarían sus noticias. En su cerebro debía hallar una solución al terrible contratiempo porque su captura representaba.

Solución que había de surgir antes de que franqueara las puertas de aquella ciudad subterránea. Había observado que no se percibía rumor

de plataformas volantes, lo que significaba que en Nova Plutón no se utilizaban esos medios traslatorios. Por el camino, antes de la salida, podría encontrar el milagroso sistema de fuga, de hacerse con algún arma, con alguna máquina que le permitiese reunirse con sus camaradas.

—Bert, encárguese de sacar fuera a esos hombres. Llévese unos cuantos soldados de mi escolta. Si intenta escapar, liquídenlo.

El oficial saludó, doblando la cabeza con gesto seco. Apuntó con su arma a Laner y le hizo el signo de que saliera. El piloto miró el oscuro cañoncito de mano que sostenía en la mano el oficial y se maravilló que incluso hubieran sabido perfeccionar armas con tan aparentemente escasos medios como los que forzosamente existían en Morfos.

Como no tenía ningún deseo de perder estúpidamente la vida con un gesto inútil de soberbia. Laner obedeció la perentoria orden. Salió al corredor. Los demás soldados se cerraron en círculo a su alrededor y comenzaron a andar.

Subían rampas, unas más empinadas que otras, todas recubiertas de "plostix". Luego venían largos corredores horizontales que terminaban con nuevas rampas en espiral. Unas veces los corredores estaban flanqueados de habitáculos, otras se percibía al otro lado un sordo rumor de máquinas en funcionamiento.

Al iniciar uno de los corredores horizontales, Laner percibió el característico ruido de máquinas trituradoras, el chirriar de un duro mineral que se opone a ser convertido en polvo. Preguntó al oficial que mantenía el cañoncito apuntándole.

—¿Qué diablos se dedican a triturar ustedes?

Bert no pudo reprimir un pequeño gesto de vanidad. Era el primer forastero a quien podía exponer algo de sus habilidades como científico.

"Este laboratorio está hecho bajo mi dirección. Soy el primer hombre que ha logrado triturar el vanacromio.

Laner simuló asombrarse exageradamente.

—¡Vanacromio nada menos! ¡Lo que no se esperaba conseguir hasta dentro de veinte o treinta años!

—Lo logré yo en pocos días. Gracias al vanacromio el Arma Suprema ha sido un hecho.

Laner creyó ver allí una especie de celos profesionales. No vaciló en azuzarlos.

—Creí que el Arma Suprema era únicamente debida a la sabiduría del Gran Inteligente.

Laner parecía sorprendido.

Bert se quedó un poco confuso. Miró a su alrededor y en voz más baja no pudo contenerse de decir.

—Cierto es que yo conseguí triturar ese duro mineral, desintegrándolo materialmente. De no haberlo convertido en polvo, el poder desgravitatorio no existiría. Por tanto el Arma Suprema también es obra de mi inteligencia.

—En tal caso debería tener un rango elevado en Nova Plutón, en Kadruga, en Morfos. En su lugar se mantiene modestamente en el puesto de la guardia de Odurman.

—No puedo enjuiciar las decisiones de nuestro Gran Inteligente, pero...

Se detuvo. Laner levantó la cabeza hacia la rampa en espiral que se iniciaba y comprendió por qué el círculo de soldados también se había detenido.

Lydia Omaney miraba interrogadoramente a Bert.

El temblor de su voz denotaba una ligera irritación, un temor.

—¿Dónde va el prisionero?

—El Gran Inteligente ha decidido desterrarlo a la selva. El prisionero osó burlarse de él y además se negó a sumarse a nuestra causa conquistadora. Lydia preguntó lentamente: —¿Mi tío dio personalmente la orden? —En efecto.

Ella pareció vacilar. No osaba mirar al tranquilo prisionero ni dar una orden que hubiera enfurecido a su tío. Pero en sus ojos brillaba un amenazador tono cuando dijo:

—Bien... Seguid vuestro camino. Bert quedó mirando melancólicamente a Lydia, mientras ésta se perdía por un corredor axial.

Laner también se dio cuenta de que allí había algo que no engranaba bien. Aquel hombre debía haber sentido un interés

demasiado personal por la que pomposamente se llamaba lugarteniente del jefe de los rebeldes a la autoridad de la Federación. Bert no era hombre para ocultar sus sentimientos, aunque fuese a un prisionero, y de ello se aprovechó el piloto.

—Bonita chica, ¿eh?

—Demasiado bonita. Si todo esto no se le ha subido a la cabeza...

—El hombre que se la lleve será poderoso el día que falte el Gran Inteligente, incluso existiendo él.

—Eso es lo que pretende ese Sperry...

Uno de los soldados se movió, faltando a la disciplina, al oír aquel nombre. El oficial palideció por su imprudencia. Aquel soldado podía ir con el cuento de la antipatía que sentía por Sperry y entonces el Gran Inteligente lo degradaría aún más.

—Castigado a dos semanas de minas de vanacromio, por haber quebrantado la disciplina. No volver jamás la cabeza, salvo orden.

—Mi oficial, creí haber percibido zumbidos de alarma. Mi transmisor hace señales.

Bert observó el registro que llevaba a un costado. El transmisor movía la aguja de advertencia. Pulsó nerviosamente la abertura. La pequeña pantalla estaba ennegrecida, pero se oía la voz clara del jefe de guardias, el comandante Krug, que repetía.

—Oficial Bert. No siga hacia el camino de Minas. Desvíese por el corredor axial 24. Expulse al desterrado por la salida de Kadruga. Oficial Bert, ¿no oye mi aviso?

—Oído. Cuando llegue a ese corredor desviaré. ¿Ha dado la orden el Gran Inteligente?

Krug parecía no haber oído la pregunta. Bert la repitió. Pasaron unos segundos impregnados de impaciencia.

—Orden del Gran Inteligente. Controle con Sperry.

La segunda frase significaba que Sperry confirmaría la veracidad de la orden del jefe supremo. Pero por lo que dijo a continuación Bert no quería tratos con Sperry y aceptó la orden como buena.

El corredor axial 24 estaba insuficientemente iluminado, ya que por razones de antimagnetismo se había desistido de recubrirlo de

"plostix" como la mayoría de los demás.

El grupo penetró en él. Estaba, además, desierto, ya que como conducía a Kadruga se había ordenado que nadie lo utilizara para sus desplazamientos, El Gran Inteligente había establecido una cierta incomunicación entre las dos ciudades.

Bert se había adelantado. Era responsable y debía pagar con una pena igual, si el prisionero se escapaba por el dédalo de corredores. Pero a él no le ocurriría ese caso, pues para eso tomaba precauciones. Nunca deseaba regresar a la época en que simularan estar aletargados, con la diferencia que esta vez sería de verdad.

—¡Cierren el círculo!

Los soldados obedecieron disciplinadamente. Laner sintió la sensación de que se aproximaba el momento crítico en el que debería salvarse o perderse.

Más ¿cómo?

Sin armas y estrechamente rodeado no podría recorrer más de veinte metros sin ser desintegrado. El corredor axial, pese a su nombre apenas presentaba corredores laterales o aberturas que le permitiesen una remota posibilidad de escape.

De repente una voz resonó por el corredor. Una potente voz de mujer amplificada por los ocultos registros.

—¡Alto, Bert!

Los hombres se detuvieron, asombrados. Aquella voz era la de Lydia y la orden harto conminatoria, Bert inquirió.

—¿Qué deseas, Lydia?

—Pon en libertad al prisionero. Que siga adelante, solo, hasta la puerta. Vosotros regresad y decid que habéis cumplido la orden.

—No podemos desobedecer al Gran Inteligente.

—Si puedes, Bert. Sé que estás descontento. Será una pequeña venganza para ti el haber burlado esa orden. Yo cuidaré de que no te hagan ningún daño.

—Tengo unos cuantos hombres fieles agazapados en el corredor. No sabes dónde. Al menor gesto de rebeldía tú y tus soldados pereceréis desintegrados.

—Es una tontería la que vas a cometer, Lydia. Este hombre ha jurado nuestro exterminio, no cejará hasta ver destruida Nova Plutón.

—Lo haré inofensivo. Mis hombres lo guardarán en lugar seguro hasta que mi tío haya olvidado con la alegría del triunfo este incidente.

Martín Laner escuchaba sonriendo irónicamente. No iba a ganar mucho con el cambio, mientras le impidieran regresar a Tana. Pero ya era una ventaja evitar el letargo.

—El prisionero está libre. Confío en tu palabra, Lydia.

El corredor iba oscureciéndose al mismo tiempo que se mantenía la conversación. Lydia se amparaba en las tinieblas para cometer aquella traición contra su tío.

Laner continuó andando lentamente. En la puerta de Kadruga estaría aguardándole Lydia. Aquello era demorar su idea, porque mientras estuviera detenido por los hombres adictos de Lydia, el fanático profesor Odurman proseguiría su implacable tarea.

Laner no estaba dispuesto a convertirse en una especie de huésped de una jaula de oro, aunque su carcelera fuera Lydia.

Avanzaba lentamente, deseando retardar el momento en que llegaría al límite. Escudriñaba las tinieblas buscando en ellas algo.

De repente dio con ese "algo". ¡No habérsele ocurrido antes! Lydia había hablado de hombres escondidos en el corredor. Indudablemente esos hombres iban asegurándose de que él no retrocedía.

Esos hombres estarían armados. Luego era cuestión de entrar en contacto con uno de ellos.

Simuló dar un traspiés, vacilando como si tuviera un vahído y cayó brutalmente al suelo. La ficción debía ser realista. Quedó de bruces y aguardó conteniendo la respiración.

El corredor seguía silencioso. Si no se daban cuenta de que había cesado de caminar tendría que levantarse y repetir la operación, con menos posibilidades de éxito.

No alzaba la cabeza. Los segundos transcurrían lentamente, sin que nadie se acercara. Martín rogaba a su celestial patrón que jinete en su caballo azuzara invisiblemente al centinela para que cumpliera con su obligación.

El silencio se quebró por la voz de los registros. Era Lydia que daba una orden

—¿Qué le ocurre al prisionero? Soldado de la línea AU, acérquese a averiguarlo. Mantenga contacto verbal con su registro.

El soldado aludido comenzó a hablar cansinamente.

—El prisionero está caído en medio del corredor. Parece haber sufrido un desvanecimiento. Quizá sea su equipo que no ajusta. Esperaba órdenes para acercarme...

El soldado iba aproximándose. Los músculos de Laner comenzaban a dolerle en aquella rígida inmovilidad.

—Estoy a su lado... Veamos qué le ocurre... Tiene los ojos cerrados... la cara parece...

No terminó la frase, porque Laner con brusco movimiento se había incorporado y le arrancaba materialmente de cuajo el casco protector. Inmerso en la adormecedora atmósfera del corredor, bastó medio minuto para que el sorprendido centinela se quedara aletargado.

—¿Centinela de la línea Au? ¿Qué le ocurre? — conminó la voz de Lydia—. ¡ Que acudan los diez más inmediatos! ¡Disparad contra los sospechosos! ¡Cuidado de no hacer daño al prisionero! ¡Lo quiero entero!

Laner cavilaba en medio del corredor, indeciso. Empuñaba en sus manos el potente fusil desintegrador que había arrebatado al secuaz de Lydia.

No quería liquidar a nadie, a ser posible. Pero tenía dos enemigos a los que debía hacer frente él solo: el Gran Inteligente, por una parte, y su sobrina, por otra. Como lobos feroces todos se lanzarían sobre él cuando cundiera la alarma en Nova Plutón. La única diferencia era que Lydia lo quería vivo y su tío pretendía liquidarlo.

El punto de vista de Laner era muy otro al de buscar qué enemigo le "convenía" más. Él había sido enviado a Morfos con una misión y debía cumplirla, fuera como fuera.

En la escasa y difuminada luz del corredor distinguió que se acercaban unos cuantos hombres desplegados a lo ancho, cerrándole paso hacia el interior. No venían con gesto hostil, pues suponían que era el colega que Laner había derribado.

—Tengo la ventaja — pensó — que no me atacarán con sus armas.

Voy a corresponder a esa gentileza.

Levantó el arma y la apuntó a los débiles focos de luz que emanaban en la bóveda. Apretó el gatillo y con rapidez meteórica fueron apagándose uno tras otro.

—¡Es el prisionero! ¡Cuidado!

Había que aprovechar el momentáneo desconcierto y Laner apretó a correr. Percibió pasos en dirección opuesta. No quedaba más escape que por los lados.

Afortunadamente allí había una abertura que le permitiría unos minutos de respiro. Era una concavidad circular que se ramificaba en pequeños corredores descendentes, separada del corredor axial por una gruesa capa de transparente mineral.

Laner desintegró con su fusil el obstáculo y saltó dentro. El mineral quedó, esparcido por el corredor y más de un soldado tropezó. Los denuestos se oían aun sin registro.

El piloto avanzó por uno de los corredores. Lo que le interesaba en primer lugar era hallar un transmisor potente con el que establecer contacto con Tana, advertir a Reading, a Vanilmen. Si hubiera tenido tiempo de desmontar el registro del centinela...

Se encontró corriendo por un corredor brillantemente iluminado. Se percibía el ruido de motores en funcionamiento, de chasquidos eléctricos provenientes de megatrones en plena ebullición.

El corredor estaba solitario. Un invisible altavoz clamó de repente:

—¡El prisionero ha escapado de la escolta de Bert! ¡Matadlo!

Los esbirros del Gran Inteligente le habían descubierto también. Contra éstos no debía gastar contemplaciones. Se aseguró de que el fusil tenía abundante reserva de energía y continuó avanzando, pegado a la pared.

Abrióse una puerta y salió un grupo de hombres extraños, de mirada bestial.

—Los Brazos Largos. La cosa se complica — pensó Laner.

Apretó el gatillo y cayeron fulminados. Afortunadamente no eran muchos y saltó sobre ellos, penetrando en el lugar por el que habían salido. Era una estancia ovalada cuyas paredes estaban recubiertas de una serie de tableros de mando, que Laner no acertaba a saber a qué

clase de máquinas correspondían.

Por los corredores resonaban las órdenes de captura. Se percibía el rumor de gentes que corrían de un lado a otro, probablemente desconcertados soldados de Lydia buscándole.

En un extremo descubrió el enrejado de los registros transmisores. Parecía de un alcance interplanetario y Laner se apresuró a conectarlo con el exterior.

En breves segundos sus serenas palabras iban rectamente hacia Vanllmen. Estaba seguro de que seguían libres, dispuestos a atacar. Pero también cabía, en lo posible que sus palabras no pudieran ser escuchadas por nadie.

—Hablo para Vanilmen. Soy el comandante Laner. Estoy prisionero de Odurman en un endiablado escondrijo que llaman Nova Plutón, no lejos del lugar en que fuimos desgravitados los de la columna directa. ¿Me oyen?

Buscó con la mirada si había en la pared algún sondeador de imágenes. Podría enfocarlo hacia Tana y saber si los suyos seguían allí. Pero con aquel transmisor se hallaba en la misma situación que dos siglos atrás al inventarse los rudimentarios radiotransmisores. Podía hablar, pero no oír.

—¿No contestan? Quizá tengan alguna dificultad. Yo también me hallo apurado, amigos. No puedo salir de Nova Plutón, porque estoy decidido a cansar el máximo de daño antes de que me maten o me capturen de nuevo. Oiga, Vanilmen. Concentre su ataque inmediatamente sobre Nova Plutón y no se preocupe por Kadruga. Si nos apoderamos de Nova Plutón seremos los dueños de Morfos. Reading debe sincronizar su ataque aéreo, detectando antes si existe desgravitación. Reading debe evitar que nadie salga de Nova Plutón. ¿Me oyen?

El registro no anotaba respuesta ni sensibilizaba que su voz hubiera sido oída. Solitario en aquella vasta estancia llena de misteriosos mandos, obra de aquel loco que se llamaba a sí mismo Gran Inteligente. Laner sentía una inexplicable angustia invadir su ánimo.

Se volvió bruscamente al sentir pasos que avanzaban. No pudo evitar ver su garganta atenazada por la garra de un Brazo Largo que se había escurrido por entre los cuerpos de sus camaradas semidesintegrados en el umbral.

Sintió que le arrancaban el fusil y lo arrojaban contra la pared. Aún

tuvo tiempo de percibir una pequeña llamarada al estallar el arma y un humo rojizo salir del tablero que se había roto.

Laner hizo un esfuerzo hercúleo para desprenderse de la velluda garra. Levantó los pies y asestó un tremendo golpe en la barbilla de su enemigo.

El Brazo Largo se tambaleó y emitió un sonido gutural. Iba a abalanzarse de nuevo sobre Laner cuando su mirada se fijó en algo que pasaba tras de Laner. Los ojos parecieron desencajársele y quedó paralizado por el terror.

También Laner se volvió. También sintió que por su espina dorsal corría un estremecimiento.

El tablero lanzaba ondas concéntricas luminosas que iban agrandándose. ¡Rayos cósmicos en libertad! En pocos minutos atravesarían los equipos y su letal influencia los convertiría en residuos humanos irreconocibles. ¡Había que huir, ponerse fuera de su alcance!

Se echó a un lado y quedó casi acurrucado en un rincón. Las ondas habían pasado sobre él y se abalanzaban como si estuvieran impelidas por una mente humana hacia la puerta, hacia el corredor. Se oyeron gritos de terror. Las ondas en línea recta lo atravesaban todo, escapadas al control, sembraban la muerte, derrumbaban pasadizos y corredores.

CAPÍTULO VIII

En el mismo momento en que Laner y los suyos eran víctimas de la trampa de Odurman, Vanilmen había visto su avance detenido.

Masas ingentes de vanacromio formaban una densa barrera que impedía seguir adelante. Podía dar un rodeo pero aquello acarrearía falta de sincronización en el ataque.

Pulsó los mandos de la pantalla de su taladrador conectando con la respectiva pantalla de su jefe. Quedó sorprendido al ver que los registros de Laner no funcionaban.

— ¡Atención, comandante Reading! ¿Qué le ocurre al jefe?

Reading no estaba menos sorprendido que él.

—Eso es lo que me pregunto yo también.

—Hace poco rato hablábamos del vanacromio. Le he dicho que dos de mis hombres no contestan. Iba a conectar de nuevo con él para informarle de que no puedo avanzar.

—¿Qué le pasa, Vanilmen?

—Vanacromio.

—¡Maldito mineral! ¿No puede desviarse?

—Lo he intentado sin resultado. Es una capa de las más grandes que deben existir. A decir verdad, iba a dejar la decisión en manos del comandante Laner, porque no sé qué hacer ahora.

—Laner no contesta. Le debe haber ocurrido algo

grave.

—En tal caso...

—Sin vacilación alguna, Vanilmen. Debemos continuar la batalla, sin abandonar Morfos, aunque sólo quedemos usted y yo. Mientras alguien aliente no se puede hablar de derrota.

—Opino igual. Pero, si dos de las tres columnas de ataque contra Kadruga fallan, creo que es preferible regresar a nuestras bases y reorganizarnos, planeando otro ataque a la luz de los informes que consigamos acerca de lo que le ocurre a Laner, del que seguimos sin noticias.

—Mucho me temo que esté muerto. Pero si ha sido hecho prisionero por el enemigo estoy seguro de que pronto sabremos de él. Creo que será mejor que regresemos a Tana.

Las dos columnas hicieron marcha atrás. Teniendo tras de sí los túneles recién abiertos en el musgo podían efectuar el regreso mucho más rápidamente que la ida.

Vanilmen se devanaba los sesos buscando la fórmula de abrir brecha en el vanacromío. El pequeño fracaso le irritaba, haciéndole incluso olvidar el peligroso hecho de que el comandante Laner había desaparecido.

—Tiene que haber algo que funda ese mineral...

La pantalla de su taladrador se encendió súbitamente.

—¿Por qué había solo, Vanilmen?

—¿Eh...? Perdone, Reading. Olvidé cerrar el registro. Me fastidia hallar una dificultad tan estúpida como un mineral que no obedece.

—Eso no es problema. El problema será reducir a los endiablados rebeldes de Morfos.

—Si consiguiera saber el secreto del vanacromío. Kadruga estaría pronto en nuestro poder. ¿No sabe las cualidades típicas de este mineral? Según investigaciones efectuadas en la sede de los laboratorios...

—No estamos en la Gran Universidad de Tetuán. Me aburren esa clase de disertaciones científicas. Aquí se trata de luchar. Ya verá cómo cualquier casualidad le deparará ocasión de descubrir ese secreto que tanto necesita.

—Dios lo haga así, comandante Reading. Le prometo olvidarme de ello hasta el momento oportuno.

Los taladradores libres de obstáculos acrecían su velocidad. A poca distancia de Tana había que reducirla, frenando lentamente mediante explosiones nucleares graduadas de dosis microscópicas. Vanilmen debía calcular el segundo exacto en que debían comenzar a frenar, —¡Ahora!

Pulsó el mando correspondiente. Su máquina iba frenando, aunque a los ojos de un hipotético observador situado en lugar fijo no lo pareciera.

La pantalla captaba con nitidez de espejo el oscuro túnel porque avanzaban. Pronto la imagen se convertiría en un paisaje amplio y también monótono que constituía el claro de Tana. Allí les aguardaban los que habían quedado de reserva.

—¡Atención, oficiales de Tana! —advirtió Vanilmen —. Somos Vanilmen y Reading, que regresamos. Tomen las precauciones previstas.

Los registros no contestaron, pero el teniente, abstraído en calcular las últimas fases del mando, no presté atención a ello.

—Ojalá Laner esté aquí — pensó—. Una preocupación menos.

Habían quedado en la base algunas "balas saltarinas". Como era el primero en llegar, colocaría el aparato taladrador al lado de ellas y mientras aguardaría a Reading se entrenaría en su funcionamiento.

Así lo hizo. En pocos minutos y sin detenerse en cambiar

impresiones, pero asegurándose de que en los túneles protectores no había ningún aparato de la expedición de Laner. Vanilmen se hallaba montado en una "bala saltarina".

Era un aparato de los más ligeros que habían inventado los científicos en aquella época. Bastaba una ligera presión de dedos en determinados puntos de una esfera que sostenía el piloto con una mano para que la "bala saltarina" adquiriera velocidades interplanetarias o frenara materialmente en seco, quedando suspendida fijamente en el aire.

Vanilmen acarició el esférico mando y la bala se situó a un centenar de metros sobre el claro. Luego se lanzó a velocidad moderada, trazando espirales infinitas hacia las capas superiores de la atmósfera morfiana.

—¡Reading!

Había divisado el leve temblor de la capa superior de musgo por el lugar en que debía venir la columna del comandante. La "bala saltarina" comenzó a trazar espirales en dirección opuesta a la que había llevado.

Divisaba en el claro de Tana el despliegue de las unidades de Reading, que se dirigían hacia sus refugios provisionales. Un cruce de ondas guiaba a cada una de ellas, formando simétricas alineaciones.

Aguardó unos momentos, detenido eh el aire, a que el claro estuviera despejado. Entonces observó algo inexplicable.

En el nítido horizonte acababa de elevarse una nubecilla entre rojiza y amarillenta, flanqueada de pedazos de musgo que se elevaban vertiginosamente por los aires hasta perderse de vista. La nube fue desapareciendo gradualmente, pero lo que siguió fue más estremecedor.

Se dejó ver la más extraña formación aérea que le hubiese sido dable imaginar a Vanilmen. Unos husos de forma ligeramente anticuada, pintados de negro brillante que avanzaban en círculos levantando encima de la capa de musgo y por delante de ellas aquellas nubecillas de rojo amarillo y succionando inverosímilmente el musgo hacia el éter.

No eran más de veinte aparatos, pero Vanilmen sintió un vago malestar. Aquéllos venían con propósitos agresivos, no le cabía duda alguna, y no podían pertenecer más que a los que se habían enseñoreado de Morfos, a los que habrían abatido a Laner.

En lugar de aterrizar, Vanilmen puso de nuevo en marcha la "bala saltarina" y en vertiginosa espiral se situó fuera del campo de observación de los aparatos contrarios. Éstos se habían situado ya a la altura del claro de Tana y habían concentrado la misteriosa potencia de que disponían para destruir lo que se ocultaba en sus alrededores.

Pronto el claro no fue más que una nube gigantesca y un embudo que escupía mineral, restos destrozados de los aparatos terrestres, grandes pedazos de musgo inarrancables. A pesar de todo, emergieron unas "balas saltarinas" que, como mosquitos veloces, evolucionaban a mayor velocidad alrededor de los aparatos negros.

Vanilmen se dio cuenta de que abajo estaban quedando muy mal parados. Todo había transcurrido en un plazo no menor de tres minutos. Enfiló su ágil máquina hacia el que parecía jefe de los atacantes y comenzó a escupir rayos desintegradores.

La "bala saltarina" no obedecía ahora a la suave presión de sus dedos, pero conseguía mantener el control de su estabilidad. Su enemigo, sorprendido por la rapidez del ataque, comenzó a trazar locos remolinos, intentando desorientar al diminuto perseguidor, mas finalmente Vanilmen se salió con la suya.

El aparato negro no consiguió hacer rebotar los rayos desintegradores y pronto quedó convertido en una retorcida bola que se precipitaba hacia abajo. Todos sus ocupantes debían de haber muerto, pero Vanilmen no había terminado de asombrarse.

El abatido enemigo se detuvo lentamente a doscientos metros del ígneo claro. Allí comenzó a rebotar como un huevo vacío suspendido sobre un surtidor de agua y luego se precipitó hacia arriba en loca impulsión, seguida de pedazos de musgo, de restos calcinantes de mineral.

—Es curioso... — pensó.

Pero no tenía tiempo de pensar más. Quedaban muchos aparatos contrarios que proseguían su devastadora obra.

Vanilmen no estaba solo. Las otras "balas saltarinas", cada una por su cuenta, no desamparaban su tarea. Hostilizando al contrario, buscando su punto flaco, aturdiendo a sus ocupantes, que no esperaban haber hallado resistencia.

Otras máquinas negras siguieron el camino de la primera. Las audaces "balas" rozaban materialmente a los enemigos, burlándose de la potencia oculta que sembraban. Vanilmen se había dado cuenta de

que, si se colocaba en la parte inferior de los aparatos, su "ballet saltarina" salía despedida, falta de control, que lo recobraba una vez se hallaba lejos. Pero no ocurría lo mismo cuando pasaba por encima.

Regaba con sus rayos desintegradores toda la superficie brillante y de repente un aparato, dos, tres, se retorcían hasta quedar convertidos en bolas, caían abajo, rebotaban en sentido inverso y se perdían en las remotas capas del planeta, fuera del campo gravitatorio.

Quedaron solamente cinco naves enemigas. Tantas como "balas saltarinas" les plantaban cara. Sólo una de éstas últimas había sucumbido, al acercarse demasiado a su enemigo. Vanilmen decidió saber quiénes eran los demás, coordinar sus esfuerzos para asestar el golpe final.

La nube rojoamarilia había desaparecido. El claro, terriblemente agrandado, estaba negro, carbonizado. ¿Se habría salvado alguien?

—¿Quién eres? ¿Me ves en tu pantalla? Habla Vanilmen.

La pantalla estaba estropeada. Pero la transmisión acústica funcionaba. Una remota voz le anunció:

—Habla Baboga. Creo que Reading está con nosotros. ¿Qué hacemos?

—Acabar con estos bichos. No paséis por debajo de ellos.

Interrumpióles Reading que al parecer había oído la conversación.

—¿Por qué diablos no podemos pasar? También he observado algo raro en eso.

—Creo haber dado con el nudo de la cuestión, comandante. ¿No adivina cuál es la potencia que nos ha tenido en jaque hasta ahora?

—Desde luego no es ninguna clase de rayos conocidos.

—Es una cosa absolutamente nueva, digna de Odurman. Ninguna persona más que él puede haber descubierto el medio dé hacer neutralizar la fuerza gravitatoria de la tierra, impulsar por medio del vanacromio elaborado, esa terrible potencia contraria, que neutraliza toda clase de armas actuales, toda clase de vehículos, que hace inútiles todos los mecanismos basados en ley de gravedad.

—¡ Cuidado! — advirtió Baboga.

Una de las máquinas brillantes había girado sobre sí misma y

dirigía su potencia desgravitatoria sobre el aparato de Vanilmen. En esta situación era más peligrosa, pues no había límite a la forzada fuga y Vanilmen se hubiera expuesto a seguir la misma suerte de las bolas vencidas de no haber sido advertido por Baboga.

Vanilmen, merced a su mayor ligereza, esquivó el haz mortal y se situó debajo, barriendo con sus rayos aquella parte. La máquina negra brincó, pareció perder fuerza y repentinamente emprendió la fuga, seguida de las restantes.

—A enemigo que huye, puente de plata... no los persigas, Baboga.

—Debemos seguirles. Sabremos dónde se esconden estas alimañas, qué ha sido de Martin Laner...

Ahora, no. Aquí arriba, solos, estamos inermes. Debemos saber qué ha sido de los que han quedado abajo.

Alejadas las máquinas agresoras, había desaparecido la desgravitación del claro y las "balas saltarinas" pudieron posarse suavemente. Todos los túneles trazados en el musgo de los alrededores había desaparecido, pero...

—Mientras nosotros avanzábamos hacia Kadruga,los que quedaron horadaron el suelo por precaución. Eso me informaron. Busquemos.

Quedaban bastantes más supervivientes de los que cabía suponer después de la tremenda devastación. El centro del embudo desgravitatorio había quedado bastante alejado de los túneles horadados, en los que había quedado parte del material y bastantes "balas saltarinas"; algunas de las cuales, en un gesto audaz, habían osado desafiar el infierno que se cernía sobre ellas, habían luchado con el agresor y lo que era casi inconcebible, lo habían vencido.

Reading asumió el mando. No podía pensarse en un ataque inmediato, porque las "balas saltarinas" no podían recorrer, sin un eficaz impulso, la tremenda distancia que los separaba de Kadruga. Todo lo más podían llegar hasta los puntos en que los taladradores habían visto su avance detenido por las circunstancias.

—Hemos de reparar muchos daños, reagruparnos, trazar un meditado plan, saber qué ha sido de los que han desaparecido...

Sí, aún quedaba mucha tarea por hacer antes de reemprender el ataque. Privados de la jefatura de Martin Laner los rescatadores de Morfos no coordinaban un plan, se sentían desposeídos del espíritu audaz que los había animado.

CAPÍTULO IX

En pocas horas se había adelantado mucho. Dirigidos por Reading y Vanilmen, los supervivientes del claro de Tana habían logrado algo coherente, eficaz. Apenas quedaban máquinas taladradoras; las "balas saltarinas" disponían de escasa energía almacenada, pero quedaba material de reserva, material de desplazamiento terrestre que daría una fuerza que equilibraría las pérdidas.

El tiempo era precioso en aquellos momentos. Era de esperar que las huestes enemigas se lanzarían de nuevo sobre el claro. Una "bala saltarina" evolucionaba para vigilar cualquier incursión por sorpresa. Por tanto urgían primordialmente dos cosas: alejarse cuanto antes de allí, y reparar lo posible en lo que sólo hubiera sufrido ligeros daños.

Había que tomar un momentáneo descanso. Los oficiales habían sido convocados por el comandante. Vanilmen había ordenado que todos los registros estuvieran en pleno funcionamiento buceando los campos de ondas situados entre Tana y Kadruga.

—Creo que podemos ir trasladándonos hacia otro punto. Si seguimos el túnel que tracé en mi reciente avance, hallaremos un claro oculto que puede ser ampliado y despejado.

Reading señalaba un mapa luminoso. Parecía fatigado. Era ya un combatiente antiguo, con un brillante historial, pero comenzaban a fallarle las facultades físicas. Un oficial le advirtió:

—Correremos el mismo riesgo que aquí, si despojamos el musgo sobre nuestras cabezas.

—Es verdad. Pero nuestras "balas" no pueden saltar fuera si no despejamos antes la cubierta verde. Francamente, he de decir que lo que yo trato es de desconcertar a futuros atacantes. Si nos alejamos...

Un soldado hizo señas a Vanilmen, que escuchaba en silencio. El teniente se levantó y se acercó al gran, registro que manipulaba el que había llamado.

—Creo haber percibido señales que sólo pueden proceder del comandante Laner.

_¿Sí? —En los ojos de Vanilmen brilló una luz de esperanza—. Veamos.

Los campos de ondas se concentraban sobre el lugar que había indicado el soldado. El mapa luminoso comenzó a temblar con suavidad hasta que se marcó un círculo rojo que se movía

irregularmente con vago remedo de una espiral luminosa, también.

No se oía ninguna voz. Todos los oficiales se habían acercado, ansiosos de saber si por fin Laner aparecía.

—La señal procede de un transmisor defectuoso, de un emisor que no corresponde a nuestros registros...

—Se halla situado en terreno enemigo. Luego, nuestro comandante está prisionero.

—Pero, ¿dónde? El círculo rojo no para un momento.

—¡Quizá Laner esté volando en un aparato

enemigo.

—Imposible. En tal caso vendría personalmente, ahora que el cielo está libre de escarmentados artefactos negros.

Laner pugnaría por comunicarse con ellos. Sabían que era su señal, pero no oían su voz ni percibían su imagen.

Finalmente...

—...¿ayen...? Vanil...ner...

Era una voz lejana. Laner, Algo remoto, quebrada, materialmente inaudible.

—...prisionero... diablado esc... Plutón... lug... desgravita... ta... ta... ta... dossss... directa... ¿oyen?... ¿oyen?

Vanilmen manipuló angustiadamente el emisor. Quería enviar un mensaje a su jefe, tranquilizarle, decirle que estaban escuchándole ansiosamente. Pero al mismo tiempo estaba seguro de la inutilidad de sus esfuerzos. Laner no podría oírle, porque los registros no coordinaban con el emisor enemigo.

—¿No contestan?... dific... apurado, amig... ova Plut... daño posi.i.i... maten o me ca.a.p... Vanil... ataque... a Plutón... druga... Nova Plut... dueños... os... ataque aéreo, detec... desgravita... Read... a de No... ¿...yen?...

La señal enmudeció. Todos se miraron los unos a los otros. Vanilmen fue el primero en hablar.

—Algo sabemos.

—En primer lugar, que Martin Laner vive — interrumpió Baboga.

—En segundo lugar, que se halla en un lugar llamado Nova Plutón. Lo ha repetido con insistencia. Hagamos repetir el registro.

La voz de Laner, grabada, volvió a zumbar sus oídos. El cerebro de Vanilmen operaba a toda velocidad.

—Lo de la desgravitación confirma mis sospechas. Laner ha descubierto el arma enemiga. Por dos veces dice algo de un ataque.

—Es una orden que nos da de que ataquemos esa Nova Plutón antes que Kadruga. Pero ese lugar no figura en ningún mapa. ¿Cómo localizarlo en la inmensidad de Morfos?

Laner lo había previsto todo en pocos segundos.

—No puede estar muy lejos del lugar en que desapareció... ¡ya está!

Vanilmen parecía haberse vuelto loco. Un círculo azul señalaba en el mapa el lugar aproximado en el que antes se movía el círculo rojo. Vanilmen se había acercado y había comenzado a lanzar ondas de cálculo sobre el mapa.

—En lugar de desplazarnos por mi túnel o por el del comandante Reading es mejor que sigamos todos hacia el extremo del que abrió Martin Laner. Desde allí, arriesgándolo todo a una carta...

Todos escuchaban fascinados el plan de Vanilmen. Un plan que parecía inspirado por el propio Laner a través de sus apenas audibles palabras. Si, había que jugarlo todo a una carta. Una carta que sólo tenía dos alternativas, una vez puesta sobre la mesa. ¡El fracaso total... o... la conquista de Morfos!

* * *

Vanilmen había vuelto a pilotar su ligera navecilla aérea. Al lado de las imponentes taladradoras, de los perforantes ingenios que avanzaban vertiginosamente, desafiando obstáculos por el método directo, las "balas saltarinas" parecían quebradizas mariposas que al menor soplo caerían fulminadas. Pero ya habían sufrido su bautismo de fuego y ahora ya no serían cinco, sino muchísimas más.

El teniente debía ser el primero en partir. El último, Reading, Las taladradoras aguardaban la señal de apartarse, para dejar paso a las raudas máquinas una vez deshecho el ligero techo que remataba el túnel vertical.

Los relojes señalaron la hora cero. Vanilmen apretó la esfera y su "bala" salió verticalmente disparada. Tras él fueron sucediéndose en impresionante cortejo los guerreros dispuestos a buscar al enemigo y vencerle.

Vanilmen sobresalía ligeramente. Estaba impaciente. Quería ser el primero en descubrir al enemigo, en rescatar al jefe prisionero. La monótona superficie de Morfos parecía no tener más fin que el negro espacio. El sol Damis iluminábalo todo con su luz fría, que parecía incapaz de emitir destellos sobre la superficie bruñida de las pequeñas navecillas voladoras.

—Desviemos al oeste.

Habían avanzado demasiado. Era imposible encontrar una ciudad subterránea más allá de lo que habían ido, puesto que la señal de Laner no se había oído en Tana.

Los registros permanecían inalterables. Aunque los ojos de los pilotos no se apercibieran de nada, los registros no dejarían de detectar la existencia de una ciudad dentro del campo de ondas. Las "balas saltarinas" concentrarían su energía destructora sobre las salidas exteriores, colocando cargas volantes que las bloquearían el tiempo suficiente para dar lugar a la llegada de medios más potentes de combate.

—Cuarenta y cinco grados de desviación.

Los nervios de Vanilmen parecían a punto de estallar. Carecía del aplomo que se había hecho legendario en Martin Laner y algunas veces pasaba del optimismo más desenfrenado al abatimiento más irrazonable.

Bruscamente sus ojos observaron algo. No eran los registros señalando una anormalidad. Era algo que se divisaba sobre la igual línea del horizonte.

Eran unas luminosidades que se elevaban en forma de ondas concéntricas hacia el cielo.

—Rayos cósmicos… — murmuró Vanilmen para sí, y añadió, abriendo la pantalla transmisora—: Formad todos en línea continua tras de mí. Creo que estamos cerca de Nova Plutón.

No se podía distinguir aún si aquellas emanaclones cósmicas eran simplemente locales o había ocurrido una catástrofe allá abajo. Las "balas saltarínas" habían moderado su velocidad y permanecían alerta

ante la posibilidad de que aquello fuera una trampa.

Baboga le preguntó:

—¿Atacamos las salidas? ¿Terminamos de destruir el nido de los rebeldes?

—Desde luego. Parece que haya ocurrido algún accidente y bastante trabajo tendrán con arreglarlo. Creo que hemos llegado en un momento oportuno.

El destructor elemento se elevaba solo sobre una de las salidas que acababan de detectar, abriendo un amplio claro chamuscado entre el musgo. Había otros lugares en los que atacar. Vanilmen no vaciló. Sabía que Laner perecería allá abajo, como lo sabían los demás, pero la disciplina era rigurosa en este extremo.

Eran solamente servidores de la patria, soldados en la defensa de la integridad interplanetaria, y no podían obedecer a impulsos personales en aquel momento decisivo en que la victoria debía inclinarse a uno u otro bando.

—¡Soltad las cargas!

Vanilmen se precipitó sobre una minúscula rampa que sin duda debía ser utilizada por alguna especie de bólidos de ataque. Soltó la carga, que estalló cuando la máquina que lo había lanzado estuvo lo suficientemente alejada.

Uno tras otro los que le seguían fueron abriendo un tremendo boquete. Las cargas irían precipitándose y quizá llegaran al fondo de la gran guarida.

Había otra rampa mayor. Repentinamente comenzó a escupir las naves negras que antes visitaran el claro de Tana.

— ¡A ellos, muchachos! Escarmentémoslos de una vez para siempre.

Apenas pudieron salir más de cinco. Mientras parte de las "balas saltarinas" ensanchaban el boquete y taponaban con sus cargas aquella salida, los demás se abalanzaban sobre las grandes máquinas y luchaban con ellas burlando la fuerza desgravitatoria que emanaba de ellas.

Fueron destruidas en pocos minutos.

Una, dos, tres, cuatro...

Ya no chocaba a nadie que la nave vencida se elevara en lugar de caer abatida sobre la superficie de musgo.

La pantalla de Vanilmen se iluminó. Era Reading.

—Deben regresar cuanto antes. Se les termina la energía.

—Conforme. Pero antes vamos a probar una cosa.

Se le había ocurrido que atacando la base de la fuente de rayos cósmicos en libertad, quizá provocarían un escape total que destruiría por completo Nova Plutón. Nada costaba probarlo.

—¡Lancen el resto de las cargas al pie de los círculos! ¡Cuidado con aproximarse demasiado!

Vanilmen apretó con el pie el dispositivo de cargas energéticas. Disponía de una solamente, que sumadas a las demás, podían representar la completa destrucción de la ciudad subterránea y de todos cuantos quedasen en ella. Hundiendo el pie hasta el fondo en el momento de pasar cerca de los peligrosos rayos, la carga saldría fulminada hacia su objetivo.

Así iba a hacerlo cuando su pantalla volvió a iluminarse. No eran Reading, ni Baboga, ni ninguno de los pilotos. Su asombro no tuvo límites cuando distinguió claramente la imagen del hombre que estaba quizás a punto de perecer por la simple presión de su pie.

Era Martin Laner, que ordenaba enérgicamente…

CAPÍTUTO X

Los rayos cósmicos habían de ser sus mejores aliados. El Brazo Largo había huido aterrorizado y Laner había ido separándose de la zona peligrosa hasta descubrir la causa de aquella avería que amenazaba degenerar en catástrofe.

Por una Inopinada serie de circunstancias los mortíferos dardos de los Brazos Largos que había puesto fuera de combate, habían ido rebotando en explosiones desencadenadas hasta el laboratorio de control de rayos cósmicos.

En aquel momento no había allí ningún técnico que hubiera conseguido neutralizar la avería, llamados todos por la señal de alarma. Las defensas se habían cruzado y la catástrofe había ocurrido. Nadie podía acercarse a la fuente de rayos cósmicos en libertad.

Es decir, había alguien: Martin Laner.

—Si consigo dirigirlos a mi antojo, ni la tan cacareada Arma Suprema podrá conmigo.

Arriesgándose, sin más protección que la que le deparaba el simple equipo de habituación al ambiente, Laner saltó por una ventana a la gran nave de los laboratorios. Conocía algo de los mecanismos que regulaban el control de los peligrosos rayos y si la suerte le ayudaba quizá pudiera conseguir lo que se proponía.

Comenzó a manipular palancas y manivelas, hasta lograr que el ímpetu de los rayos decreciera. Una vez alcanzado ese objetivo se trataba de desviarlos, dirigirlos contra otros puntos, a voluntad.

La potente energía se rebelaba a veces. Pero Laner, audaz e implacable, continuaba acercándose suicidamente a los mecanismos reguladores. Por debajo de su vestido protector, gruesas gotas de sudor resbalaban por su cuerpo.

Oía lejanas pantallas y altavoces transmitir angustiosas llamadas, apremiantes órdenes del Gran Inteligente o de sus oficiales, gritos de socorro de los que veían avanzar implacables las destructoras ondas concéntricas.

Si hubiera tenido un transmisor, pensó Laner, ¡qué magnífica ocasión para que los suyos atacaran, aprovechando la confusión reinante!

Quizás hubiesen captado su llamada anterior y ya estarían en camino para destruir la guarida. Pero aquella ilusión fue destruida por la voz de una de las pantallas del inmediato corredor, que pregonaba.

—Acaban de salir los destructores para acabar con los intrusos estacionados en el claro de Tana, Comunican que acaban de divisar el objetivo.

Caerían sobre ellos antes de que hubieran tenido tiempo de aprestarse a la defensa. Odurman estaba rabioso, dispuesto a arrasar la interminable capa de musgo para no dejar con vida a nadie.

Pero Odurman ignoraba que Laner seguía vivo, desafiando a los rayos cósmicos, dispuesto a destruir desde dentro el nido de su planetaria fechoría.

Aunque lo hubiera sabido, poco habría podido hacer para combatir a Laner, pero, por lo menos, hubiera dejado de enviar hacia la destrucción sus mejores máquinas, portadoras de elementos concentrados de desgravitación, máquinas que le hubieran servido

para trasladar lo principal de sus instalaciones a Kadruga, que seguía en su poder, intacta,

Pero su ceguera había de perderle. Odurman se dio cuenta repentinamente, por los informes facilitados por el registro, de que la fuga de los rayos cósmicos, presentaba una rara particularidad.

— ¡Se están desviando hacia otros puntos de Nova Plutón! ¡No es posible! ¿Quién es el estúpido que comete esa equivocación?

Imaginaba que algún técnico había conseguido entrar en el laboratorio y que, inadvertidamente, los había desviado.

Odurman continuaba perdiendo los estribos.

—¡Cueste lo que cueste, se debe cortar esa avería! ¡Sperry! Rodee el laboratorio con un centenar de hombres. Avancen, avancen...

Era enviarlos a la muerte. Los rayos cósmicos los iban barriendo en viaje ondulatorio. Sperry cayó fulminado.

Odurman iba de una pantalla a otra. Las noticias que llegaban del claro de Tana no eran demasiado satisfactorias. Aunque al principio parecía que no había quedado abajo nadie para contarlo, habían salido unas endiabladas navecillas que habían conseguido burlar la desgravitación... y derribar a la mayoría de los aparatos atacantes.

La pantalla que tenía más cerca emitió destellos. Era la que estaba conectada con la nave de laboratorios. ¿Se habrían apoderado sus hombres de las infernales máquinas rebeldes que tanto daño estaban causando?

Casi dio un respingo, rabiosamente sorprendido.

—Martin Laner saluda a Odurman, el Gran y Ultimo Inteligente de Morfos. ¿Qué le parece mi modesta arma?

—Está jugando con fuego. Deje eso y ríndase. Nos puede hundir, pero usted, Laner, se hundirá con nosotros.

—Hermosos escrúpulos, Odurman. ¿Por qué no pensaba eso antes de jugar con ese fuego que usted llama Arma Suprema?

—Morfos está en mi poder. Somos superiores en fuerza y número. Cogimos prisionera toda su unidad, Laner, no lo olvide. Ahora estamos destruyendo el resto de sus fuerzas en el claro de Tana.

—Miente descaradamente. Acabo de oír en mi pantalla la

información que le han transmitido desde allí los supervivientes que se dirigen meteóricamente a esconderse en Nova Plutón. Mis "bala» saltarinas" son una buena cosa. ¡Lástima que no tuviera tiempo de probarlas!

—Un pequeño error que será corregido pronto. Dispongo de más naves, de un número infinito de elementos desgravitatorios portátiles, tengo Kadruga intacta...

—Se está engañando a sí mismo. No puede escapar de Nova Plutón porque está a mi merced. Puedo bloquear todas las salidas, destruirlo todo. Debe rendirse, profesor. Quizá se le perdone su rebeldía a cambio del perfeccionamiento de ese poder que ha descubierto. Para fines pacíficos.

Odurman soltó una carcajada histérica.

—¿Yo, rendirme? ¿Cree que me tragaré ese anzuelo del perdón? Os apoderaréis de mi Arma Suprema y me enviaréis a un sitio peor que Morfos, en el mejor de los casos. El Tribunal Superior de la Rama Científica me condenó injustamente. Había mandado hombres para probar el poder de las ondas desgravitatorias a distancia, saber si desde la tierra era posible ejercer ese dominio sobre los demás sistemas solares. Dichos hombres por malevolencia de algunos colegas envidiosos fueron acusados de espías a mis órdenes, creyendo que quería vender el secreto a enemigos. ¡Qué estúpidos fueron!

—Ya que puede demostrar su inocencia con su invento, sométase a la autoridad del Tribunal Superior. No prosiga con esta locura. Está perdido, Odurman.

—No soy Odurman, sino el Gran Inteligente. El que dominará el Universo, el que acabará con todos los separatismos de la raza humana.

—Guárdese sus discursos, Sé dónde está su cubil.

Voy a enfocar directamente los rayos en fuga. Pero antes iré destruyendo todas las instalaciones. Tiene una hora para transmitir su rendición y ordenar a los demás que hagan lo mismo. Las tribus nativas pueden optar, si quieren, por regresar a la selva. Los. demás quedarán prisioneros.

Poco a poco Laner iba destruyendo Nova Plutón. Uno tras otro iban derrumbándose los laboratorios que antes levantara el afán de venganza del hombre que consumía su locura, indeciso, incapaz de tomar otro camino que no fuera el de aniquilar a los que creía

cobardes.

Pasó la hora. Laner había dirigido hacia el cénit los mortales rayos. Durante una cuarto de hora detendría su obra de destrucción. Quedaba muy poca cosa en pie.

Laner sabía que alguien hablaría por la pantalla. Esperaba que fuera Lydia, Cabía esperar que ella conservaba atisbos de ser razonable. Además… Recordaba el beso, la conminación a Bert de que entregara al prisionero. Si había podido fugarse había sido gracias a la intervención de ella.

Pero Lydia no habló. La congestionada faz de Odurman, con los ojos casi fuera de las órbitas, apareció de nuevo en la pantalla.

—Está ganando la partida, Laner, lo reconozco, Pero me las pagará. Veremos a dónde llega su caballerosidad.

—No le comprendo, Odurman…

La pantalla se había apagado. ¿Qué había querido decir con aquello el profesor?

Los rayos cósmicos habían dejado ante sí un extenso claro sembrado de ruinas, semejante a un agujero grandioso dentro de un queso de Grujiere. Vio avanzar a un grupo de soldados armados. Iba a enfocarles los rayos concéntricos cuando se dio cuenta de quién los dirigía.

Era la propia Lydia. De lejos le gritó:

—Quiero hablar contigo, Laner.

—No te muevas, Lydia. Apartaos todos, si no me veré obligado a exterminaros.

—Atrévete, Martin. Estoy desarmada.

—Tus hombres no lo están.

Ella hizo un gesto y avanzó sola.

—Por favor, Lydia; no me obligues a…

—Puedes matarme, si quieres. Estoy inerme. Tu caballerosidad…

Laner comprendió lo que había querido significar Odurman. Éste había enviado a su sobrina a cubrirle la retirada. Sabía que Laner no sería capaz de matarla a sangre fría. A pesar de su amenaza, el piloto

no se había atrevido a cegar las salidas, cosa que hubiera equivalido a condenarse a sí mismo. Por tanto Odurman podría escapar a Kadruga y otra lucha larga, agotadora, volvería a reanudarse.

—Si Reading, Vanilmen o Baboga me hubieran oído.. .—pensó—. No puedo matar a Lydia, pero tampoco dejar escapar a Odurman.

Entonces ocurrió lo que anhelaba: su pantalla comenzó a emitir imágenes conocidas, señales familiares. Sus hombres estaban volando sobre Nova Plutón. Un estruendo continuo, un temblor de la gran oquedad en que se asentaba la ciudad, indicaba que las "balas saltarinas" estaban completando la tarea destructora de Laner.

Casi sin darse cuenta se halló con Lydia entre los brazos.

—¡Qué horror, Martin! Temí volverme loca, —¿Por qué has hecho eso?

—Mi tío me pidió casi llorando de rabia que le salvara la vida. Debía arriesgarme para que él escapara. Sabía que no manejarías los rayos hasta que yo estuviera a tu lado. Pero ahora tengo miedo, ha sido inútil lo que he hecho...

Las pantallas indicaban que una tras otra iban siendo destruidas las salidas. Unas naves de negro brillante habían intentado salir, estaban luchando con unas pequeñísimas bolas, eran destruidas, lanzadas a lo alto...

Lydia se tapó el rostro con las manos.

—El profesor iba en una de esas naves. Embarcó ante mí para atrincherarse en Kadruga.

Laner no contestó. Comprendía su dolor. Iba a acariciar compasivamente sus cabellos, cuando observó algo amenazador en las pantallas. Vanilmen estaba dando órdenes para atacar la base de los rayos.

—¡Eso faltaba! — gritó Laner, al tiempo que dirigía todos los transmisores hacia el exterior—. Si me distraigo, adiós sudores y fatigas.

Observó la cara de asombro de Vanilmen al verlo. Casi era un resucitado, en medio del caos infernal de Nova Plutón.

—Se terminó el ataque, amigos. Podéis aterrizar aquí mismo. Hemos vencido, hemos recuperado Morfos.

* * *

Nova Plutón y Kadruga, desmantelados, fueron víctimas prontamente del voraz musgo. El sol Damis iluminaba un planeta al que nadie deseaba ir, que ninguna potencia envidiaba a la Gran África.

Todos olvidarían el trágico episodio. Incluso la feliz pareja que en un satélite remoto de las Galaxias, muy semejante en configuración y clima a la Tierra, reposaba tranquilamente en las rojizas arenas de un suave mar verde.

Era de noche, pero múltiples satélites secundarios iluminaban claramente el paisaje, con suavidad difusa. Laner escuchaba la música de tres siglos atrás, una música eterna que perduraba a pesar del prodigioso avance del ser humano.

Ella se había dormido entre sus brazos. Hacía un poco de frío, pero no se atrevió a despertarla. Quizás ella simulaba dormitar. Acarició sus sedosos cabellos.

—Lydia…

Sí. Dormía. La música de Wagner parecía hecha a la medida del grandioso paisaje de la Creación. Laner alzó la vista. El cielo constelado de estrellas que doscientos años atrás nadie hubiera ni remotamente sospechado. El paisaje de una Tierra ideal, como un Paraíso hecho realidad nuevamente. ¡Qué lejos en el tiempo y en el espacio estaba Morfos!

Se inclinó y besó los suaves cabellos de su esposa.

FIN



LOS FITO-VENUSIANOS

Qué título más extraño, ¿verdad?

Es apropiado, ya que corresponde a una novela extraña, emotiva e impresionante.

Su autor es H, S. Tkels, a quien nuestros lectores ya conocen a través de esta COLECCION ESPACIO por sus escalofriantes relatos del futuro.

Podríamos citar, por ejemplo, «La invasión de los hielos», «S. O.S. Plutón» y «La rebelión de los Átomos».

En ellos, su fuerte imaginación nos presentó unos mundos quiméricos en los cuales vivimos apasionantes relatos que rayaban en el horror.

¡Pero el interés y la emoción que despertarán en el lector las terroríficas páginas de

LOS FITO-VENUSIANOS

es todavía superior al de sus anteriores novelas!

¡Podrá usted convencerse plenamente al leer? el próximo volumen!